

Sor de Luis Melchor Lafauc

C. M. RAMIREZ - J. G. BUSTO - BYZANTINUS

1900

LA FRATERNIDAD

URUGUAYA

EL

ACUERDO
ELECTORAL

MONTEVIDEO



Edición costeada por suscripción popular

N. 8

C. M. RAMIREZ - J. G. BUSTO - BYZANTINUS

1900

LA FRATERNIDAD
URUGUAYA
—
EL
ACUERDO ELECTORAL



81,465
52,824
MONTEVIDEO

IMPRENTA DE «EL SIGLO» CALLE 25 DE MAYO NÚMERO 58

1900

AL PUEBLO

Este folleto tiene dos objetos patrióticos y armónicos : fomentar el sentimiento de fraternidad, de concordia cívica entre todos los orientales y prestijiar un nuevo y amplio acuerdo electoral, á fin de asegurar la paz institucional por la co-participación de todos en el Gobierno de la República. — Y el acuerdo es la paz.

Y la paz es la radicación, es la ampliación de la política nacional que da intervención en el manejo de la cosa pública á todos los partidos; es la moralidad administrativa asegurada por largo tiempo después de tan inauditos derroches; es el Puerto de Montevideo recuperando su antiguo rango, su primacia en el Río de la Plata; es la campaña en prosperidad creciente llevando el bienestar á todas las clases sociales.

Lo formamos con estos elementos :

1.^o Con la segunda parte de aquel folleto del ilustre escritor y patriota, Carlos M. Ramírez, “La Guerra Civil y Los Partidos”, que conmovió profundamente la opinión nacional; que dió nacimiento al Partido Radical y algunos después al Constitucionalismo; cuya alta elocuencia y elevación no han sido igualadas jamás; y que después de algunos lustros, —tan lentos son los progresos de la razón pública, tan poco adelantan los viejos partidos — es aún, algo atenuadas las tintas, de vigorosa actualidad, porque todavía se mantienen, en la verdad de las cosas, en una especie de “paz armada!”

Y esa condenación de la guerra civil, de la guerra fratricida para hacer imperar una divisa sobre otra divisa, no es, no, mil veces nó ! la condenación del derecho de revolución popular contra la tiranía ó las oligarquías sangrientas y rapaces, como lo probó su genial autor yendo á jugar virilmente su vida en esos dos generosos y patrióticos “acuerdos armados” del país, que se llaman la Revolución Tricolor y la Revolución del Quebracho, y consignándolo como un “derecho supremo” en el Manifiesto del Partido Constitucional de 1880 !

Una revolución con divisa tradicional solo tendría una justificación : la de haberse negado los ciudadanos de los otros partidos á un esfuerzo armado común, á una revolución popular contra el despotismo triunfante.— La divisa tendría entonces prestijios de pabellón libertador.

Se nos dirá que en ese vasto organismo de los partidos tradicionales, hay ya como en el Océano, — que tiene verdaderos ríos que se dirigen al nuevo mundo, — corrientes que llevan insensiblemente á muchos espíritus al nuevo mundo político de la concordia cívica ?

Que el pueblo empieza á cansarse de esos políticos andivos, como llamaban los guaranies á los grandes murciélagos, empeñados en vivir perpetuamente en la oscuridad, en las cavernas del pasado ?

Perfectamente ; pero por lo mismo es necesario ensanchar y encausar esas generosas corrientes, iluminar esos antros oscuros, hacer que esas tristes larvas se conviertan en mariposas de luz del pensamiento.

2.^º Con algunos artículos brillantes de José G. Busto, que por su elocuencia patriótica tuvieron resonancia en toda la República. La concordia cívica, la fraternidad uruguaya le son deudoras de algunas páginas inspiradas por su alma de poeta y su corazón de patriota.

3.^º y 4.^º Cierran el folleto algunos discursos elocuentes y sencillos, impregnados del mas generoso altruismo y sin divisa blanca ó roja, pronunciados en una fiesta genuinamente criolla por los Presidentes de dos Sociedades de Cerro Largo — La Enramada y el Chiripá, tres ó cuatro artículos de Byzantinus sobre la concordia cívica y el Acuerdo Electoral y algunas de las numerosas adhesiones

que han saludado la 3.^a Edicion de « La Fraternidad Uruguaya »

Y como deber de justicia hacemos constar, que este folleto nace de la iniciativa patriótica de los distinguidos correligionarios señores Emilio Goyeneche y Laviña, Carlos Anselmi y Carlos F. Alvariza de acuerdo con Byzantinus, y se costea con el saldo que dejó la suscripción popular para la 3.^a edición de “La Fraternidad Uruguaya” encabezada por esos entusiastas correligionarios, amentado con el concurso de los mismos y el del respetable ciudadano señor Tomás Butler.

Montevideo, Julio 18 de 1900.

BYZANTINUS.

De Carlos María Ramírez

PRIMERA PARTE

Los Partidos

«Os he preventido ya contra los peligros de los partidos cuando sus discusiones tomen un carácter geográfico; dejadme ahora prevenirlos contra los perniciosos efectos del espíritu de partido en una acpción más general. Ese espíritu es desgraciadamente inseparable de nuestra naturaleza; se une á las más fuertes pasiones del corazón humano; existe bajo diferentes formas en todos los gobiernos pero es sobre todo en los gobiernos populares donde ejerce mayores estragos y se puede en verdad considerarlo como su más encarnizado enemigo. La dominación alternativa de las facciones aviva esa sed de venganza que caracteriza las discusiones civiles. Es ella misma un despotismo horrible y acaba por traer otra más durable. Los desórdenes y las desgracias que de ellas resultan, preparan á los hombres para buscar la seguridad y el reposo en el poder de uno solo; y mas tarde ó más temprano, más hábil ó más feliz que sus rivales, el jefe de alguna facción aprovecha esa disposición para elevarse sobre las ruinas de la libertad pública. Sin prever para nosotros tal estrenidad, las funestas consecuencias que arrastra el espíritu de partido, deben inducirnos á desanimarlo y contenerlo; ese espíritu en todas partes donde reina, no deja nunca de ajitar los consejos nacionales y de debilitar la acción pública: enciende los odios, fomenta y produce insurrecciones: dá la influencia á los extranjeros e introduce la corrupción en todos los ramos del gobierno; y es así como la política y la voluntad de una nación están sometidas á la política y á la voluntad de otra nación».

(Adiós de Washington al pueblo de los Estados Unidos.)

I

El espectáculo de la guerra civil me ha hecho pensar muy largas horas sobre los partidos en que los orientales se dividen, y al levantar mi cabeza de la cavilación profunda, he visto desvanecer la sombra de muchas preocupaciones poderosas, y germinar el rayo de una bella esperanza presentida.

Los partidos de guerra civil nacidos, en la guerra civil educados, me parecieron destinados á conservar eternamente las facciones de su madre y el carácter de su maestra.

Los apercibí con sus divisas de Ejército, con sus viejas armas heredadas y con sus tradicionales recuerdos de combate, siempre dispuestos á reabrir su inacabable duelo, apenas interrumpido para dar á los paladines un fugitivo instante de reposo.

Estudié su espíritu, analicé su índole, y vi que el ideal grabado en ellos, como el paraíso de la religión escandinava, es la reproducción indefinida de la lucha en los ilimitados cielos de la historia.

El mundo ha reconocido muchas veces ese género de facciones irreconciliables, que no ven el fin de sus debates sanguinarios sinó en las cadenas de la tiranía interna ó bajo el yugo de la servidumbre nacional.

Ahí está para los pueblos meridionales, cuyo temperamento tan fácilmente los induce á la idolatría política como á la idolatría religiosa, — ahí está el ejemplo palpitante de las repúblicas italianas con sus *Güelfos* y *Gibelinos* implacables, no saciados de cadalso, de proscripciones y de guerras hasta que sobre los unos y los otros se levantó un tirano de fierro, ó clavó su bandera de conquista el extranjero!

Los partidos formados por esas extraordinarias épocas de convulsión y de trastornos que nunca faltan á la vida de los pueblos, no pueden conservarse y perpetuarse en el futuro sin someter la sociedad á la repetición periódica de la crisis dolorosa en que nacieron.

El fanatismo y el ardor del combate los acompañan siempre, trasmítidos de generación en generación como el legado de las enfermedades impuras, hasta que una muerte desastrosa viene á interrumpir la sucesión de tantos sufrimientos incurables.

¿Qué fuera de la Francia si en vez de relegar al estudio severo de la historia las pasiones desencadenadas en su revolución gloriosa, hubiese aspirado, invocando el recuerdo del 31 de Mayo ó del 9 de Termidor, á continuar el sangriento drama de las luchas entre girondinos y jacobinos, entre rogespierristas y termidorianos?

Eso partidos hubieran tenido que repetir mil veces, como ya había hecho en sus mejores tiempos uno de sus más conspicuos miembros, — hubieran tenido que repetir mil veces las palabras históricas de Aristides, á propósito de sus eternas discusiones con Temístocles:

— «Oh! Atenienses, si queréis vivir tranquilos, ambos debemos caer en el abismo donde caen los condenados!»

II

Fuera de su tiempo, de los sucesos que les dieron vida, de los errores que los hicieron necesarios, los partidos actuales son inconciliables con los primordiales elementos de la sociedad y del Estado.

Inconciliables con el espíritu de las instituciones democráticas

Inconciliables con el desarrollo de los intereses materiales.

Inconciliables con las formas cultas de la sociabilidad.

Inconciliables con la estabilidad del orden público.

Inconciliables con el principio de la nacionalidad.

III

He dicho que inconciliables con el espíritu de las instituciones democráticas.

El gobierno que esas instituciones establece es un gobierno de discusión, de transacción y armonía.

Discusión de todas las opiniones sinceras.

Transacción entre todos los intereses honrados

Armonía para todas las aspiraciones legítimas.

Y bien! yo he visto que los partidos de mi patria niegan la discusión de toda idea extraña al dogma individual de cada uno.

Rechazan la transacción con todos los intereses que no se identifiquen servilmente á los suyos propios respectivos

Rompen la armonía para toda inspiración que no se amolde á la naturaleza de las aspiraciones exclusivas.

Veo todo eso, tanto en las preocupaciones y pasiones que á cada paso me revelan, como en los hechos de intolerancia, de atropello y de violencia que me muestran en cuarenta años de consecutiva anarquía.

El lema de la democracia, es el que ostenta esa República sublime cuya influencia convierte los supremos desastres de la Francia en fuente de regeneración y de grandeza:

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

Y bien! Como los impíos que profanan y pisotean el ara, los partidos de mi patria han escarnecido y destrozado esa fórmula divina.

Ni un solo día, ni una sola hora, ni un solo instante acaso, ninguno de los partidos ha reconocido al otro el derecho franco y leal á esa manifestación irresistible de la vida moral dignificada, á esa libertad que los nombres aman con el entusiasmo que les enciende la hermosa, con la solicitud que les inspiran los hijos, con el respeto que al Hacedor profesan.

Ni un solo dia, ni una solo hora, ni un solo iustante acaso, ninguno de los partidos ha reconocido al otro el derecho á esa consagración solemne de la personalidad humana, íntegra y respetable en cada ser, esa igualdad fortificante que á todos hace llevar la frente erguida entre las diversidades y gradaciones infinitas de la suerte.

Ni un solo dia, ni una sola hora, ni un solo instante acaso, ninguno de los partidos ha reconocido al otro el derecho á

ese cristiano complemento de la existencia individual, siempre espansiva, esa fraternidad afectuosa que congrega y enlaza á todos los hijos de una misma tierra para descender unidos las fáciles pendientes de la buena fortuna y del placer, ó para remontar acompañados las escabrosas cimas de la adversidad y del dolor.

Libertad, Igualdad, Fraternidad,—todo lo ha negado el partido al partido en la patria, como el hermano que niega al hermano la mesa, el lecho y el calor de la lumbre en el hogar.

Los pensadores de la Europa aristocrática desvelan su ingenio buscando la combinación conciliadora que dé participación en el gobierno á todas las fuerzas orgánicas del pueblo, por medio de la representación de las mas insignificantes minorias en el seno de los grandes parlamentos del Estado.

Mientras tanto, los partidos de un país republicano apuran los refinamientos de la intolerancia y de la fuerza para negarse entre si la mas pequeña co-participación en todos los cargos y en todos los honores de la organización política y civil.

Gran satisfacción y gran victoria si cada partido consigue haber cerrado al otro las Puertas del Poder Ejecutivo, de la magistratura Judicial, de la Municipalidad, del Jurado, de la carrera militar, y hasta de las Universidades...

Cada partido tan inexorable para los errores del partido contrario, como ciego para los suyos propios, cree purificar por ese medio á la sociedad escandalizada y ultrajada.

Si unos y otros se mirasen juntos en cualquiera de esos campos, donde una noble emulación debiera reinar tan solo, todos se verian amenazados de muerte por los espectros lívidos que su imaginación enfermiza les presentaría entre ellos.

El pária de la India, el bárbaro de la civilización latina, ó el judío de la civilización cristiana, era menos odiado ypreciado que cada partido, por cada partido de mi patria.

Las castas del Oriente, las sectas de la Edad Media, ó las clases de la vieja Europa, no eran tal vez mas enemigas.

¿Como encontrar entonces, en ese horrible caos de antagonismos y de choques, la gran unidad moral que sirve de fundamento al ejercicio de las instituciones democráticas?

¿Como encontrar *al Pueblo*?

IV

He dicho que inconciliables con el desarrollo de los intereses materiales.

Ese desarrollo puede operarse en los Estados por dos medios: La acción general de los gobiernos: La acción local del municipio.

La acción general es impotente y la acción local es nula, en el divorcio de los partidos de mi patria.

La acción general necesitaría ejercerse por medio del empréstito que reparte sobre el presente y el porvenir, el peso de las erogaciones que van a beneficiar los intereses permanentes de los pueblos.

Fuera de los empréstitos, el Estado no encontraría nunca el medio de realizar ninguna de las árduas empresas que civilizan y dan poder á los pueblos.

Pero el empréstito es imposible bajo el régimen actual de los partidos.

¿Como establecer solidaridad alguna entre el presente que es de unos y el porvenir que será probablemente de los otros?

Hay gobiernos del partido colorado; hay gobiernos del partido blanco; no encontraréis el Gobierno Nacional.

Hay *crédito colorado*; hay *crédito blanco*; no encontraréis *crédito público*.

El Gran libro de la Deuda es para cada partido un asiento de los compromisos ruinosos que cada cual contrae con el objeto de hacer la guerra á su adversario.

En él queda grabada la injuria de las condiciones usurarias que el crédito del partido acepta en nombre del crédito público; la vergüenza del dinero que se recibe en nombre de la Nación para despedazar á la Nación!

Así en veinte años de dominación alternativa, los partidos han sido incapaces de legar al país una sola obra de duración y de importancia.

La intensa crisis económica, cuya influencia tanto exacerbaba los dolores de la guerra civil, hubiera podido salvarse con el gran empréstito de Lóndres y el acero de los partidos razzgó sus cupones ya sobre el mostrador del gran mercado.

Y como la acción general es impotente, la acción local es nula é imposible.

Ella no podría ejercerse sinó con la asociación voluntaria que robusteciese el municipio, convirtiéndolo en agente de civilización y de progreso en cada pueblo.

¿Pero qué harán jamás esas mezquinas juntas de partido y de circulo, rodeadas de un vecindario que se odia y se persigue entre sí?

Llenos de sincero fanatismo, cada cual profesa la exageración de la dignidad ofendida; los beneficios del verdugo repugnan á la víctima que en ellos descubre el insidioso intento de hacer amable la esclavitud y la deshonra.

Cada partido se complace en presenciar y poner á prueba la inercia desfalleciente del opuesto.

Así nada le deberá la patria, dice cada cual en su interior.

Y si el partido victorioso consiguiese realizar una obra, construir un puente, un ferro-carril, un telégrafo, el partido vencido no saludaría con júbilo ese bien; lo miraría con humillación profunda... acaso con los espasmos de la ira, porque

su razón hipocondriaca podría mostrarle los cimientos de la obra amasados con la sangre y los huesos de los campeones caídos en las recientes luchas.

Todo se contamina con la influencia de ese espíritu fatal.

Las escuelas donde hoy se grita *mueran el vándalo! y riva el dictador!* mañana, jamás llegarán á ser el templo de la educación común donde depositan todos sus simpatías y su óbolo.

¿Cómo responder de esta manera á las virtuales necesidades de progreso que experimentan los pueblos civilizados de la tierra?

Gobernantes de partido! Aún con las mejores intenciones, con el mayor deseo del bien público, estáis condenados á merecer la maldición de las generaciones cuyos destinos tenéis la desgracia de regir!

V

He dicho que inconciliables con las formas cultas de la sociabilidad!

Ah! ¿no consigue escapar tampoco al azote de los partidos, ese tranquilo paraíso de los sentimientos elevados que constituyen la sociabilidad?

¿La armonía turbada y rota en las regiones políticas, no encuentra al menos un asilo en el cultivo de las relaciones intelectuales y morales donde el corazón se espande como en un oasis de fraternidad y de paz?

¿Siquiera la mujer, ese bello ángel de amor y de concordia, no habrá quemado sus preciosas alas en el espeso fuego de los ódios, ni salpicado su alba túnica en la sangre hirviente del combate?

Halagüeña esperanza que la realidad desmiente á cada paso!

Todo está contaminado y dividido por el mismo espíritu de siempre.

Ese escritor, es un escritor de partido: sus enemigos le niegan el talento.

Ese orador es un orador de partido: sus enemigos le niegan la elocuencia.

Ese poeta es un poeta de partido: sus enemigos le niegan la inspiración y el génio.

Ese sabio es un sabio de partido: sus enemigos le niegan el tesoro de la ciencia.

Hasta ese estudiante humilde es un estudiante de partido: sus enemigos le niegan el amor al estudio y la precocidad.

Niegan todo eso ó lo reconocen con dolor, porque cada partido sufre al ver que el partido contrario robustece sus elementos de inteligencia y de saber.

Sobre esa base, levantad el templo de las Musas : calzán-doles coturno con divisa !

Soñad con la literatura, esa fuerza misteriosa en que Mme. de Stael veía uno de los mas poderosos vínculos de la sociabilidad humana progresiva.

Pero tampoco os alucinéis creyendo en la permanencia de los otros.

Ese salón donde la gracia y la cultura y el buen tono se dan cita para embelesar las horas ingratas de la vida, ese salón dorado, lleno de armonías y de flores, no deja de ser un salón de partido que también tiene enemigos y de donde también se alejan unos para no mancharse con el roce nauseabundo de los otros. (1)

Y esa mujer bien educada, cuyo corazón solo debiera rebosar en sentimientos delicados de moderación y de hermandad, cuyos labios solo debieran proferir palabras de melancolia y de duelo ante las sangrientas luchas de los hombres, cuyas manos solo debieran hacer piadosas vendas para curar las heridas que unos y otros abren en el campo de batalla, esa mujer demente guarda en su corazón latidos de animadversión y de ira, lleva á sus labios imprecaciones de muerte y borda con sus manos la divisa de los feroces combatientes.

Espectáculo sacrilego !

Yo he visto á las matronas y las vírgenes abandonar el digno silencio del hogar y lanzarse á la arena turbulenta de los bandos, pálidas y furiosas, agitando la tea de los ódios y exhortando á la orgía de la guerra, como aquellas bacantes desgreñadas que en la cima del Aventino tumultuoso, un dia llenaron de estupor y de vergüenza á la vieja República Romana.....

VI

He dicho que inconciliables con el orden público !

¿Hasta cuando proseguiré midiendo el inmenso abismo que los sucesos han cavado entre los partidos y la felicidad de mi patria ?

Hable por mí la historia y maestre el orden público turbado tres veces en 1833 ; dos en 1853 ; una en 1858 ; otra en 1863 ; tres veces en 1868 ; una 1869 y otra en 1870 !

Casi como las cosechas, una revolución por año (2).

(1) Ustedes los Orientales, decía el Dr. Velez Sarsfield á los desterrados de Febrero, en una reunión familiar, —están tan peleados que ya no pueden ni encontrarse juntos; cuando fui á Montevideo solía visitarme mi sobrino el Dr. Sienra y Carranza ; un día entró el señor don José Cándido Bustamante, y mi sobrino se escurrió de la sala calladito ; entra al rato el doctor don Cándido Juanicó, y entonces le toca al señor Bustamante el turno de escurrirse como mi sobrino, y sospecho que si no se escurrió después el señor Juanicó, es porque no entró ningún otro oriental á visitarme.

(2) Algunas de ellas tan gloriosas y desgraciadas !

¿Y cómo sería de otro modo con esos partidos enemigos que viven fuera de las instituciones, fuera del progreso, fuera de la sociabilidad?

Cada partido vencedor deja al partido vencido el puñal de la derrota en el corazón y la bandera de la libertad en las manos.

Apenas se restablece la herida, esa bandera inmortal vuelve á flamear como seguro nuncio de combate.

Aislado y exclusivo, el partido del poder no consigue siquiera someter sus elementos propios, de manera que la anarquía interna lo devora mientras el partido proscripto se alecciona y regimienta en la desgracia.

El orden es el ejercicio armónico de todos los derechos; cada partido suprime el derecho del contrario; por eso todos los partidos se han mostrado incapaces de radicar el orden en la efectividad de la paz.

Una autoridad que por su origen y sus actos rechaza el apoyo de las simpatías de todos, —una libertad que por su naturaleza y sus tendencias no abre á todos sus celosas puertas, están eternamente condenados á luchar sin entenderse ni producir si quiera una solución que satisfaga las exigencias parciales de la una ó de la otra.

Una autoridad de partido solo puede mantenerse por la fuerza, el rigor y la violencia.

Una libertad de partido solo puede triunfar por la conspiración y la asonada.

Los más cándidos espíritus se pierden en esa imposible tentativa de fundar principios universales sobre bases exclusivas y egoistas.

Por la fuerza de las cosas, y tal vez sin saberlo, el tribuno se convierte en demagogo; en mandón el gobernante.

Esta dura ley que rige las grandes luchas de partido á partido, se reproduce fielmente en las luchas intestinas que disuelven siempre al partido del poder.

Ah! yo he sufrido dos veces el destierro, y cuando reflexiono tranquilo sobre aquellos sucesos extraordinarios de mi vida, me reconozco el paladín vencido de una libertad que mis amigos eran incapaces de fundar por el camino que yo les señalaba, —víctima inocente de una autoridad que mis enemigos de entonces no podían conservar sino por las medidas arbitrarias á que recurrieron sin piedad.

Hombre público que aceptas la falsa tradición de los partidos!

Hé ahí el porvenir que este ofrece.

La independencia de carácter, te conlucirá á la incitación de la anarquía.

La posición oficial será para tí el umbral del despotismo!

VII

He dicho que inconciliables con el principio de la nacionalidad, y esta proposición desesperante se encuentra demostrada por el estudio franco de los hechos.

Partidos inconciliables con el espíritu de las instituciones democráticas, con el desarrollo de los intereses materiales, con la subsistencia de los vínculos sociales, con la estabilidad del orden público, deben necesariamente ser inconciliables con el principio de la nacionalidad.

No basta un mismo suelo, una misma lengua, una misma religión y una misma raza para constituir la nacionalidad de un pueblo.

Ese suelo hermoso, que debiera ser el vínculo propicio de todos los intereses pacíficos, se ha convertido en fácil teatro de sanguinarias luchas.

Esa lengua sonora, destinada á trasmisir las expresiones del trato social y de las letras, es el terrible emisario de ofensas y recriminaciones eternas.

Esa religión, esa religión de paz y de clemencia que enseñaba el Cristo, ha cedido su influjo á una religión de guerra y de exterminio que los partidos se enseñan mutuamente.

Y esa raza generosa que unida como una sola familia hubiera podido crecer en ciencia y en riqueza y en poder bajo los auspicios del trabajo y de la paz, se arruina, se degrada y se estingue en heróicos sacrificios de guerras civiles criminales, como si esa raza estuviese predestinada á morir por la exageración de sus más relevantes calidades.

A más del suelo, del idioma, de la religión y de la raza, hay una suprema unidad moral, indispensable á la existencia y á las fuerzas de las nacionalidades.

Unidad de sentimientos, de ideas y de glorias que recibe su consagración y su forma en el culto sublime de la patria.

Esa unidad fundamental es la que ha roto el antagonismo fatal de los partidos.

¿Cuándo los vistéis congregados por un mismo sentimiento ó por una misma idea, formar una de esas muchedumbres entusiastas, en donde no palpita más que un solo corazón, donde no piensa más que una sola cabeza y cuyas decisiones parecen llevar la irresistible energía de aquel grito que acompaña la marcha de las cruzadas cristianas : — *Dios lo quiere?*

¿Cuando los vistéis reunidos y mezclados para solemnizar las grandes glorias de la patria en alguno de esos aniversarios sagrados que parecen decretar con la magestuosa autoridad de la razón, el armisticio para todas las disensiones, la tregua para todos los odios y el olvido para todas las venganzas?

Esos dos campamentos enemigos, atrincherados como los campamentos romanos, de donde nadie sale y adonde nadie entra: esos dos campamentos que reciben á balazos hasta los parlamentarios que por acaso los pretenden inducir á la concordia, nunca podrán formar nacionalidad ni patria.

Nunca una bandera, la bandera de las nueve fajas!, consigue cobijarlos para las mismas filas de una lucha.

El inflexible axioma de la jurisprudencia latina, *adversus hostem eternas autoritas esto*, que traducido al lenguaje vulgar quiere decir,—contra el enemigo todos los medios son buenos,—es en resumen el código de los partidos enconados.

Antes el extranjero!, dice cada cual en su interior, y el extranjero que lo sabe se hace abrir las puertas ó enseñar el camino de la patria por la mitad de sus hijos contra la otra mitad armados en implacable guerra.

Así el estandarte de Palermo se mantuvo nueve años sobre la cumbre del Cerrito.

Así el estandarte brasileró flameó en nuestras campañas y ciudades (1)

Así el estandarte paraguayo llegó á tocar nuestras fronteras!

Así perdiendo cada dia el pavor de la independencia nacional, las fuerzas europeas bajan á defender las propiedades de sus súbditos al primer peligro de nuestros cotidianos disturbios.

¿En donde estamos?

¿En un pueblo libre ó en una factoría del Oriente?

Ah! yo puedo perdonarlo todo á los partidos—la ruina, el retroceso moral, la sangre á torrentes derramada....

Lo que no les perdonaré jamás, es el puñal clavado en el corazón de la nacionalidad oriental.

VIII

Con dolor y desconsuelo, me siento la conciencia de que he trazado un cuadro lleno de realidad y de vida, donde no hay un tinte falso, donde no hay una perspectiva exagerada, donde faltan acaso muchas sombras todavía....

Los partidarios, al menos los partidarios que razonan, así lo comprenden y lo sienten, conservando el culto de un ídolo que consideran gastado pero no perdido.

Los conozco á fondo porque me honro de haber militado en sus filas con el ciego entusiasmo juvenil.

Ellos aspiran á la regeneración de los partidos, quieren desposarlos con las instituciones democráticas; pugnan por encirlos al yugo del progreso; pretenden suavizarlos en las

(1) 1854, 1858, 1865.

formas de la sociabilidad; intentan someterlos á los dioses tutelares de la paz y no desesperan de incrustarlos en el espíritu de la nacionalidad.

¿Pero cómo?—¿Porqué medio?—¿En qué camino?
¿Conservando la organización tradicional de los partidos?
¿Dejando en sus manos la bandera respectiva del pasado?
¿Poniéndolos frente á frente con la vieja divisa de la lucha?
Buscan lo irrealizable, lo imposible; fracasarán en su empresa, agobiados de desencanto y de fatiga.

La idea tiene sus utopías, como la fuerza sus insensateces. Un tirano del Oriente quería azotar al Océano como á uno de sus débiles esclavos, y no faltan soñadores que quieren gobernarlo como á una de sus teorías deslumbrantes.

Mientras conservéis la organización tradicional de los partidos, ella ha de responder á su origen y á sus fines—el avassallamiento, la subyugación absoluta de un partido por el otro.

Mientras dejéis en sus manos la bandera respectiva del pasado, ella será siempre el símbolo de represalias y venganzas que girarán al rededor de ese pasado prestigioso.

Mientras continuéis poniéndolos frente á frente con las viejas divisas de la lucha, ellas los convocarán eternamente á la guerra civil en que no han cesado nunca de lucir.

Esa organización, esa bandera, esa divisa, ó significan los recuerdos y las pasiones del pasado, ó no significan nada y nada valen.

El instinto de las masas lo ha comprendido mejor que la sabiduría de los tribunos.

La reforma y la regeneración de los partidos han sido impopulares porque en ellas iban encerradas su desaparición y su muerte.

En nombre de los mismos principios, las masas han podido fulminar á los tribunos, y con la lógica de los hechos desbaratar sus quiméricos propósitos.

Esos que pretenden reformar y regenerar á los partidos, los más odiados y calumniados entre las filas del partido opuesto al que despienden, son también los menos prestigiosos entre sus propios partidarios, con cuyas ideas á cada paso están en pugna; y al fin terminan por lanzarse á sabiendas en la corriente de los errores comunes ó por afrontar con hidalguía un martirio que muy pocos lloran y que á ninguno aprovecha.

Ya es tiempo de cambiar de plan.

Ya es tiempo que las nuevas generaciones viertan el sudor de la fatiga y del desvelo, depositando la semilla de la idea en tierra más fértil para la misteriosa vegetación del porvenir.

IX

Ahi están esos partidos que hoy hacen la desgracia de la patria.

¿Cuál es el deber de una conciencia honrada?

«Acompañarlos ciegamente en su carrera de ruina y de sangre?

«Mezclarse á ellos para caer vencidos en la inútil tentativa de llevarlos á más alegres vias?

No! mil veces no!

El deber de una conciencia honrada es apartarse de ellos, y desde los resplandores de una nueva vida moral, trasfigurada por la reconciliación de la libertad y de la fraternidad, invitarlos á dejar las densas tinieblas de la lucha en que se debate su existencia actual.

X

Y cómo!

«Esos partidos que tú mismo has diseñado, llenos de resabios, de pasiones, de venganzas, de aspiraciones violentas y de tendencias feroces, — esos partidos que tú mismo no crees posible transformar, — esos partidos recalcitrantes y coléricos, son los que consideras susceptibles de desaparecer alguna vez?

«Lo que no puedes reformar — acaso lo podrías destruir?

Si! las leyes de la naturaleza me lo enseñan.

«No es mas fácil arrancar de raíz la planta venenosa que hacerle dar opímos frutos?

«No es mas fácil poner diques al torrente que obligarlo á correr como una mansa fuente?

«No es mas fácil apagar el incendio que despojar de su calor á las siniestras llamas?

«No es mas fácil matar la fiera que domesticarla?

«Así es más fácil qué reformar á los partidos, suprimirlos, despojarlos de un principio de vida que ya es incompatible con el bienestar y con la marcha progresiva del pueblo.

Cuando una institución política ó social está destinada á perecer sobre la tierra, nada puede contener su decadencia ni evitar su ruina.

Los que pretenden lo contrario, no hacen sinó enterrar junto con esos elementos corrompidos, sus ilusiones sinceras y sus esperanzas honradas.

Así se cumple la sentencia del Evangelio cuando dice que el *vino nuevo debe vertérse en odres nuevos*.

Cada época tiene su espíritu, y cada espíritu necesita formas propias.

La ley del porvenir, que es la de la fraternidad y el amor, no puede germinar ni desarrollarse ya en la sinagoga de los antiguos partidos.

XI

¡Y cómo!

Intentas hacer triunfar la ley de la fraternidad y de amor, cuando la guerra pasea por toda la República su estandarte rojo; cuando con la feroz batalla el amigo vé caer al amigo, el hermano al hermano y el padre al hijo ido atrado; cuando en todas las almas parecen alzarse horribles votos de represalia y de venganza?

¿Crees que alguien apercibirá entre el choque de las lanzas y bayonetas relucientes, el apacible color de tu modesta oliva?

¡Si! — porque el exceso del mal enjendra con frecuencia la reacción del bien, como á las borrascas desencadenadas sigue la calma bonancible, como á la erupción de los volcanes sucede una vejetación fecunda y generosa....

No es la voz de Antonio la que va á conmover el corazón del pueblo; es la túnica ensangrentada de César; es la túnica ensangrentada de la patria.

Cuantas veces en el mundo los hermanos divididos y encanados por la rivalidad y por la ofensa y por los ódios, no han olvidado sus enemistades sacrilegas, junto al lecho de una madre moribunda que ha sentido revivir el cuerpo y rejuvenecerse el alma con ese bello espectáculo de expansión y de arrepentimiento!

Y yo tengo fe, Dios mio...

Si los partidos orientales son todavía capaces de un movimiento de abnegación y de virtud, ellos depondrán sus divisas y sus armas ante el lecho de la patria exánime; la rodearén contritos, y cubriéndola con las caricias de la concordia y de la paz, la volverán bien pronto á la gloria de sus más hermosos días !

CONCLUSIÓN

El Porvenir

Un nouvel univers moral n'attend pour se former que de rencontrer dans le vide des cieux déserts un atome moral

EDGARD QUINET.

I

« Necesidad de ciencias, espíritu libre de prevenciones inveteradas, corazón ageno al odio, celo de propaganda, ardientes simpatías, desinterés, abnegación, buena fe, entusiasmo por todo lo que es bueno, bello, simple, grande, honrado, religioso, » tales eran los preciosos atributos que Federico Bastiat descubría en la juventud al dedicarle la sublime obra de las *Armonías Económicas*, y tales también las fuerzas vivas que yo evoco, pobre intérprete de una gran idea que ha fascinado mi alma, al dirigir á la juventud de mi patria estas humildes páginas de olvido, de reconciliación y de amor.

En presencia de una guerra cruel, sangrienta y desastrosa, donde se agitan partidos estraviados é incapaces de restablecer aisladamente ni el orden ni la libertad, hay un trabajo immenseo de pacificación y de fraternidad, que no espera para consumarse con el irresistible empuje de una ley divina, sinó la vigorosa iniciación de algunas almas puras y valientes.

Las acciones héroicas han sido y serán siempre el bello ideal de toda juventud sobre la tierra.

El que le pide debilidad ó cobardía solo incurre en su desden y su desprecio.

Espacio para el águila! campo abierto para el león! vastos cielos para el ángel!

Lo que yo le pido á la juventud de mi patria, lo que me pido á mí mismo, no es un acto de debilidad ó cobardía.

Es un gran acto de heroísmo, de heroísmo igual, pero mas elevado mas humano y mas fecundo que el heroísmo desplegado en la guerrilla y la refriega de la lucha.

Suponed un torrente desbordado que corre á los abismos; un hombre se lanza á favor de la corriente y superior á su furia parece magestuosamente adelantarle en la vertiginosa carrera; otro hombre selanza contra la corriente, y la domina y la vence salvando con orgullo de los insondables precipicios.

Entre esos dos heroismos —¿cuál es más grandioso y envidiable?

Suponed un incendio voraz que levanta á las nubes su penacho; un hombre penetra entre las llamas, atraviesa el fuego iluminado por resplandores siniestros, lleva la destrucción mas allá que la fuerza natural del elemento; otro hombre, penetra también entre las llamas, atraviesa el fuego y pone fin á los estragos levantándose erguido y satisfecho frente á los edificios que salvó de horrible ruina.

Entre esos dos heroismos —¿cuál es más generoso y meritorio?

Suponed ahora—qué digo, suponed!—mirad ahora una guerra civil encarnizada.

Hoy nos arrojamos al torbellino de sus pasiones violentas y nos disputamos el honor de sobrepasar el desencadenamiento de las furias.

Nos confundimos con sus llamaradas de sangre y ardemos en deseo de iluminar con ellos nuevos teatros donde nuestra figura se destaque vencedora.

Mañana estariamos también en ese iracundo torbellino, pero resistiendo y dominando las pasiones que á nuestro al rededor se entrecocasen.

Estariamos también entre esas llamaradas de sangre, pero tentando un pequeño esfuerzo para ahogarlas y reparar los males que hubiesen dejado á nuestro alcance.

Entre esos dos heroismos ¿cuál es más patriótico y más noble?

Si hay en el hombre un alma, una ley moral, una chispa divina, el valor cívico es la suprema virtud de la política.

Recojamos nuestro espíritu y tengamos la resolución de oír esa voz interior que hace mucho tiempo nos murmura entre las exageraciones ficticias del espíritu de partido—*unión, concordia y fe*.

La misión de las generaciones que nacen á la vida, no puede ser la herencia impuesta del pasado, sino las aspiraciones espontáneas del futuro.

Abandonemos el imperio de la fantástica leyenda, la santidad de los ódios, la gloria de las guerras civiles.

Nuevos horizontes, nueva vida,—*Paz y Fraternidad!*

II

Entre ese tumulto de armas fratricidas que destruyen y desangran á la patria, levantemos la santa oliva de la paz, símbolo del trabajo honrado, de la tranquilidad para el hogar y de la soberanía para el pueblo, del bienestar para todos.

Libres de pasiones y de ódios, imparciales con todas las virtudes, y benevolentes con todos los errores, porque no son acciones individuales de los hombres, sino resultados gene-

rales de una época, intercedamos entre todos los partidos como neutrales, como parlamentarios, y como interventores.

Intercedamos para moderarlos, contenerlos, desarmarlos.

Para pedirles que dén por terminadas sus querellas, que hagan una transacción honorable, que busquen á todo trance el medio de respetarse y garantirse mutuamente.

Para intimarles que se olviden, que se disuelvan, que desaparezcan, tratando de alcanzar la divisa del mérito en la práctica de las virtudes domésticas, en las gratas fatigas de la vida privada y en las grandes discusiones cuya era debe abrirse con la reconciliación de los partidos en el hogar paterno de la soberanía nacional.

Moderados y previsores, tratemos de dar satisfacción á los intereses materiales, que son los mas exigentes en toda sociedad de heterogéneos elementos, y de abrir un ancho cauce al desarrollo de las aspiraciones morales que deben completar y coronar la obra humanitaria del progreso.

Para el Estado, una administración honrada, enérgica y extraña á las influencias de las facciones, que no se ocupe de partidos, ni de intrigas, ni de miserias, sinó de policía, de escuelas, de caminos, de trabajos públicos, de reformas laboriosas y fecundas.

Para el pueblo una convención constituyente, donde todos, absolutamente todos los orientales con uso de razón, puedan ser representados, y representantes; donde el problema histórico del pasado quede relegado como estudio de los eruditos ó como declamación de los rabiosos, y donde las instituciones, la política y la sociabilidad reciban una transformación fundamental bajo la influencia de sus magestuosas decisiones y de sus solemnisimos debates en que resonaría potente y vencedora la voz de las ideas modernas por el órgano del *nuevo partido*, que después de haber dado paz á la república le daria independencia fundada en la espontánea voluntad de la nación y libertad organizada bajo los mas hermosos principios del derecho, y porvenir consolidado por el desarrollo virtual de la riqueza y por la práctica universal de la justicia.

Esas dos fuerzas,—una de conservación y otra de impulso,—una de orden y otra de progreso,—operarían la regeneración de la República, y su advenimiento sería la época inicial del nuevo calendario de la patria redimida y trasfigurada por la abnegación sublime de sus hijos.

¿Que se necesita para poner en juego esas dos fuerzas salvadoras?

Que hágamos oír á los partidos el voto de los muertos, el grito que sale de las tumbas, el mandamiento que baja de los cielos:

Paz y Fraternidad.

III

Esa bandera no flamea por la vez primera en las disensiones civiles de mi patria.

Tampoco tengo la primacía al enarbolarla en la contienda actual.

Aquí y fuera de aquí, otros, á quienes envíe el saludo de mis ardientes simpatías, han sabido mantenerla contra el huracan violento de los ódios.

Yo solo aspiro á que sea la juventud quien haga suya esa bandera y la levante con el poderoso entusiasmo de su fé.

¿Quién más digno que la juventud de ser el porta-estandarte de una gran cruzada?

El porta-estandarte solamente; después vendrán los jefes.

Los partidos están muy lejos de ser todo; el país pacífico es superior al país revolucionario

Las facciones se abultan y parecen grandes por la algarza de los gritos, por el barullo d^e las armas, por lo terrible de los espectáculos que ofrecen.

La capital del terror, con 750,000 habitantes, no alcanzaba á dar 5,000 votos bajo la presión de aquellas bandas que se llamaban pueblo y nos admiraron...

Multitud de elementos neutrales esperan solo una iniciativa vigorosa para afiliarse bajo la bandera de la humanidad y la razón.

La fuerza de una idea justa es incalculable, cuando dá el primer arranque en el seno de una sociedad impresionada.

Si los partidos se elevan á esa meditación tranquila donde las pasiones callan como ante la magestad de un templo, ellos verán que la fraternidad, ese noble é indestructible sentimiento de todo corazón bien puesto, ha sido en una ú otra hora la aspiración suprema de todos los hombres que se han distinguido en la República, ó por sus talentos, ó por sus virtudes ó por su buena fortuna.

Esa aspiración ha sido frustrada, ó comprimida muchas veces, pero nunca ha dejado de existir y de manifestarse.

Solo ha faltado abnegación, confianza, lealtad.

Ese movimiento espontáneo y generoso, es el que yo quería confiar al corazón ingénuo de gallarda juventud.

El pacto de la sinceridad solo necesita la firma de sus miembros como garantía de cumplimiento y buena fé.

¿Quién violaría el juramento hecho ante la sangre de sus conciudadanos, ante los dolores sagrados de la patria?

Ese pacto vencería, ó quedaría sin fruto en el alma d^e unos cuantos visionarios; pero los apóstoles de la fraternidad tendrían siempre asilo, donde se sentirían fuertes contra la derrota, contra la diatriba y la calumnia.

En el hogar encontrarían una voz apasionada que en nom-

bre de las madres orientales, les diria: sois buenos porque habeis querido suprimir las lágrimas y el duelo sin fin de las familias!.

En la conciencia encontrarian otra grave y santa voz que les diria á su turno: habeis sido humanos y patriotas; queriais *La Paz y la Fraternidad!*.

IV

Hay en las tradiciones heróicas de la Francia, una leyenda que mil veces ha preocupado mi espíritu como si presenciara un cuadro de realidad y de vida, bajo la influencia de presentimientos extraños.

En medio de malezas, dos paladines de Carlo Magno, luchan con desesperación en duelo á muerte; pasa todo un dia; los caballos yacen á los pies de los combatientes; brota el fuego de las brillantes corazas; se rompen las espadas en la furia del combate.

Los paladines mandan buscar otras armas, y bastante vino para reparar las fuerzas; beben en la misma copa y comienza el duelo.

Así pasan los días, con mil sucesos extraordinarios y diversos, mientras los paladines descargan incesantes golpes sobre sus armaduras destrozadas.

Apenas un instante de reposo; y el duelo comienza siempre con furor.

Al fin, en lo más récio de la lucha y en lo más negro de la noche, baja del cielo una nube y envuelve á los campeones.

De esa nube sale un ángel que los saluda con dulzura y en nombre del Dios que creó cielo y río les manda hacer la paz y los aplaza para combatir al enemigo común en Roncesvalles.

Los caballeros obedecen; se desprenden de sus cascos y se abrazan caminando juntos á un festín!

V

En esos paladines de Carlo Magno, que buscan fuerza en la misma copa de vino, yo he visto á los mismos partidos de mi patria que reciben inspiración del mismo espíritu.

En ese duelo á muerte, que se prolonga siempre, tras ligeros instantes de reposo, arrancando en girones el escudo y la cota de los combatientes, yo he visto la guerra civil encarnizada, que con breves treguas va raleando las filas de las generaciones orientales.

Y dentro de mi corazón, he visto esa nube de los cielos, he oido esa voz del ángel que aplaza á los partidos, para ensayar sus fuerzas contra el enemigo común... el

enemigo común, que es la ignorancia, el desierto, la pobreza, la barbarie, la misma guerra civil...

¿Se realizará este sueño de la fantasía?

¿Obedecerán al ángel los partidos, se desprenderán de sus divisas y se abrazarán, como los paladines de Carlos Magno, para sentarse juntos en el banquete de la *Paz y de la Fraternidad*?

Tú lo dirás, oh! juventud, tú lo dirás!

De J. G. Bustos

SEGUNDA PARTE

En Campo Cerrado

LA NUEVA GENERACIÓN

I

A vosotros me dirijo hoy, jóvenes compatriotas de nuestros campos. Vosotros, lo mismo los que dirijís las tareas de la estancia que los que paraíis rodeo y faenais las reses ó cuidais de que la yunta no se separe de la línea que el arado va convirtiendo en surco, sois los primeros obreros de nuestras prosperidades. El país, se enriquece cuando el ganado engorda y cuando las lanas ó trigos obtienen buenos precios, — se empobrece cuando la seca y las epidemias nos persiguen ó cuando la competencia y la abundancia de productos similares imponen en los mercados, tarifas infimas. Pero, en la buena como en la mala época, de vuestro trabajo depende en gran parte nuestra existencia. Si haceis fortuna, aumentais al propio tiempo la del país. Producís para vosotros y para todos. Aunque no lo querais, no dais un paso adelante sin hacérselo dar á vuestra tierra; y el aumento de vuestros sueldos ó de vuestras ganancias se traduce paralelamente en mayor suma de bienestar para la República. Valeis pues, como entidad productora, como factores del progreso nacional, mucho más que nosotros, los que aplanamos diariamente las calles de la ciudad, buscando con la lengua ó con la pluma el pan de la vida en el empleo público, en la Bolsa, en las profesiones llamadas *liberales*. Cada gota de vuestro sudor, al deslizarse por el mango de la azada, representa para la tierra una hora de fecundación suprema; cada mota de vellón cortada por vuestras tijeras de esquilar, significa una moneda más para el

tesoro nacional. Cuando en esa hora del crepúsculo en que el cielo despliega sus tonos mas suaves y variados, últimas reminiscencias del sol que se fué, dejais en el corral los bueyes y las ovejas, os apeais del *pingo* favorito y vais á buscar la guitarra al rancho para tenderos á la fresca, recostados en un tronco, y entonar décimas patrióticas ó condensar en un *triste* vuestros desengaños amorosos, esperando la hora de la *cena*, — bien podeis estar satisfechos. Habeis trabajado un dia más para la patria.

Pero por lo mismo que el trabajo es vuestra vida y que con él beneficiáis al país y os beneficiáis vosotros mismos, tenéis forzosamente que encariñaros con el alambre que cerca vuestros campos, con la vaca que os dá leche, con la oveja que os dá lana, con el caballo que os lleva de un lado á otro, con la tierra que os devuelve mil por uno cuando la cultiváis con esmero y el año se presenta bien; y debeis temblar con crispamientos desesperados cuando sentís el toque de corneta que anuncia la guerra civil, la llegada de la partida ó del cuerpo de ejército que corta los alambres, quema los postes, carneá las reses, se apodera de cuanto puede servirle, hasta de vosotros mismos para aumentar sus filas, y se vá cuando no tiene nada más que llevarse, cuando deja en plena ruina ó entregado al abandono el establecimiento que horas antes encontró floreciente; y, como consecuencia lógica de la impresión que han de produciros esas catástrofes, debeis maldecir á sus autores, á los que os han empobrecido y saqueado, á los que os han robado la libertad, vuestro último vinten, y os han arrastrado en peregrinación sombría, ofreciendo vuestro cuerpo á las balas como una piltrafa que se tira á los perros.

Meditad un momento. Preguntáos por qué ha habido guerras civiles en nuestro país y para qué han servido en su mayor parte. La historia os dirá que han estallado casi siempre para satisfacer la ambición de determinados hombres, y que no han dado otro resultado que el aniquilamiento cívico, la ruina material, el estancamiento de la nacionalidad y de la vida. Y os dirá también que esas guerras civiles han nacido con los partidos tradicionales y amenazan volver á tomar con ellos carácter endémico. Mientras haya *blancos* y *colorados*, que invocando desavenencias de otras épocas y brega de caudillos muertos hace muchos años, dividen al país en dos facciones anómalas, disputándose el poder en nombre de recuerdos de ultra-tumba y no de principios antagónicos, manteniendo á las clases productoras y trabajadoras en crisis permanente de desconfianza y de intranquilidad, no podrá haber seguridad para nuestra campaña, ni se encauzarán en sus surcos los ríos de oro que el capital aunontona estérilmente en las cajas.

Vosotros, jóvenes compatriotas de los campos, sois los

llamados en primer término á acabar con ese estado imposible de cosas. Cuando los pensadores políticos que militan en el partido colorado ó en el partido blanco, atacados en el terreno de las ideas, del progreso histórico, de la existencia nacional, no hallan argumento para justificar su presencia y su actuacion en esos partidos, apelan á vosotros y á vuestras padres, sostienen que la campaña, *las masas*, son fatalmente blancas ó coloradas y que no se las puede dejar entregadas á si mismas, que hay que guiarlas y encaminarlas por sendas que conduzcan al bienestar del pais. Probadles una vez por todas que se engañan. Decidle que están ya lejos los tiempos del gaucho vagabundo y pendenciero, que cifraba su orgullo en la rapidez de su caballo y en los golpes de su *facon* ó de su lanza. Mostradles los callos que en vuestras *poblaciones* despertadas por el canto del gallo que convoca al trabajo, la vida intima de vuestra familia, en que no se pierde ni se desperdicia una sola hora del dia. Gritad á sus oídos sordos, que los tiempos nuevos requieren tambien organismos nuevos para encarnar sus progresos, y que, si el patriotismo prima en sus espíritus sobre la ambición, tienen que apoyar una fórmula que satisfaga las exigencias de la época y haga andar la nacionalidad. Esa fórmula felizmente está encontrada. Es la de la union, es la de la fraternidad. La patria y las instituciones están aun muy lejos de tocar la orilla. Navegan en mar proceloso, y si ya no los combate la tempestad, acecha su paso el escollo. Hay que unirse para salvarse, para llegar al puerto. Una vez en él, surjan cuantos partidos quieran, pero mientras no hayamos clavado el ancla en su fondo, olvidemos disensiones retrógradas y trabajemos juntos por hacer de este pequeño pueblo, tan sacudido por sus crisis de desarrollo interno, una sólida y progresista nacionalidad.

II

Al doctor Domingo Aramburú, preclaro ciudadano y ferviente apóstol de la fraternidad uruguaya, en retribución de la dedicatoria que figuraba al frente de su último artículo.

Hay una frase, jóvenes, con la que siempre os marean y os tientan los hombres de los partidos tradicionales. «*Las masas continúan siendo coloradas ó blancas*, y no se puede dejarlas entregadas á si mismas: hay que dirijirlas, hay que educarlas y transformarlas paso á paso, pero no se les puede arrancar de golpe la divisa de Oribe ó de Rivera». Y escudados en esa frase ó en otra semejante, esos hombres, de

los que la mayor parte, los más inteligentes é ilustrados, miran en el fondo con el mayor escepticismo las ideas de que se dicen apóstoles, siguen empedernidos en su empeño de que no haya en nuestro país otros partidos que el *blanco* y el *colorado*.

¡Las masas! ¡Cómo se os ha explotado en beneficio exclusivo de la ambición personal, pobre montón anónimo, infelices *paisanos* que solo deseáis hoy paz y estabilidad para trabajar tranquilos, para que no robe vuestro cuerpo la *leva* ni incendie vuestro rancho la guerra civil: desgraciado pueblo, condenado á la pasión por fuerza ó al indiferentismo cívico, esclavizado perpetuo de los grandes ambiciosos y hasta de las medianías y nulidades, pretexto de que todos se sirven para condenar el país al estancamiento, á la sangre, á la lucha implacable, á la pérdida de la nacionalidad! Decid é esos políticos que se empeñan en manteneros en el estado salvaje, en el periodo bárbaro de nuestros tiempos heróicos, que el nervio de aquellos hechos ya no existe, que para encontrar aquellos gauchos fanáticos del cintillo y de la pelea, ciegos de sangre, brazos siempre alzados para descargar el golpe, que con sus ponchos al viento, lanza en ristre, atacando las cuchillas á todo el galope de sus caballos, recordaban los árabes legendarios de Omar, ó de Ali, cargando ciegos á la voz del profeta, ávidos de teñir en sangre sus blancos alquiceles,— hay que ir á buscálos deshechos, en ruinas, cubiertos de cicatrices y de canas, á los montes más espesos del Río Negro ó entre los jaguares del Tacuari: decidles que ya no hay caudillos que se impongan por la sola fuerza de su voluntad y de su prestigio personal, y que si, por aberración política, ha surgido uno en los últimos años, no tiene más armas que su amor á la patria, su respeto á la paz y el honor de haber encabezado una revolución reivindicadora, emancipando al país de la tiranía rapaz y absurda que lo esquilmbaba: decidles que no en balde pasan los años y las ideas para los pueblos, y que, aun los que sois hijos ó nietos del gaucho, los que lleváis en las venas fermentos de su sangre turbulenta, estáis entregados al trabajo, á las santas intimidades de la familia, á los afanes de la paternidad: decidles que en vez de devastar el campo lo alambréis: que en vez de endurecer la tierra con el casco de vuestros caballos la abris con el arado y la fecundáis con semilla: que en vez de vagar errantes, con la guitarra al hombro, de *pulperia* en *pulperia*, armando riñas facón en mano para preludiar *hazañas* de mayor vuelo, trabajáis de sol á sol y buscais, cuando caen las sombras, descanso del cuerpo y del espíritu en la pobre pero honrada mesa del *rancho*, preparada por manos hacendosas, alegrada por charlas infantiles: decidles que no abusen mas de vuestro nombre, que respeten vuestro patrio-

tismo ávido de bienestar y de progreso hacia el suelo en que ha alentado, y que pongan de una vez término á esa eterna mentira en que viven y hacen vivir internamente á la República.

Mentira! Esa es la palabra. El hombre inteligente, ilustrado, no puede ser conscientemente en nuestros días *colorado* ó *blanco*; los hombres de cerebro que forman la plana mayor de esos partidos, no creen en el pasado que invocan á cada paso para justificar su division. De ideales, de principios, no hablemos: ó son idénticos ó no los tienen. Si se ponen alguna vez la divisa lo hacen protestando ó riendo sarcásticamente en el fondo del alma. Viven en eterno convencionalismo, en perpétuo divorcio con sus conciencias. Son Cristos y apóstoles de una religión que no profesan. Y sin embargo, se esfuerzan en mantener sobre los ojos del pueblo la venda que le impide distinguir su camino y su horizonte. Cansados estamos de oírlos. «No creemos en la divisa, dicen, pero no hay otro remedio que trabajar forzosamente dentro de los partidos tradicionales: hay que dirigir las masas ignorantes, que atropellan como el toro al trapo, y educarlas poco á poco, preparándolas á mejores destinos: no se puede hacer todo en un dia ni cambiar la faz de los partidarios por simple acto de voluntad personal: esperemos mejores tiempos y preparémonos, evolucionando dentro de los mismos partidos, despojándolos paulatinamente de su fanatismo inconsciente para convertirlos en verdaderas asociaciones de principios».

Si, os llenais la boca con esas palabras, pero ¿qué hacéis para encarnarlas en la práctica? ¿Dónde está vuestra mentada evolución? ¿Acaso en la política que hace retroceder el país á los tiempos del feudalismo, distribuyendo los departamentos como bienes de difuntos? ¿Acaso en el conflicto que levanta á cada paso su cabeza de gorgona, sembrando el temor y matando la confianza? ¿Acaso en el gobernante que no se atreve á dar un paso político sin sondear antes y consultar al caudillo? ¿Acaso en los anuncios de lucha próxima, en las esperanzas respectivas de triunfo, de grado ó por fuerza, en los armamentos que se esconden, en las economías del presupuesto sacrificadas á la necesidad de tener en plena paz escuelas permanentes de guerra? Ah! No habléis de evolución dentro de los partidos tradicionales, no habléis de educación del pueblo ni de progresos políticos, porque lo que habéis hecho en estos últimos años es pugnar por que el país vuelva á los tiempos de Rivera y Oribe, de Aparicio y Goyo Suárez, por que el cintillo flote sobre la bandera nacional, reflejando sombras sobre el sol que la ilumina, por que las urnas del comicio próximo caigan rotas y ensangrentadas en la plaza pública, como las del 10 de Enero de 1875.

Felizmente, no tendrá vuestra fatal equivocación consecuencias tan funestas. La evolución está hecha, no como la buscas vosotros, no dentro de los partidos, sino en el seno del pueblo, sin distinción de colores políticos. Las masas, esas masas que creéis estacionarias y sumidas en la ignorancia, se educan y se redimen. Han adquirido hábitos de trabajo, y el trabajo pide paz, y la paz no se encuentra en vuestras bregas partidistas ni á la sombra de vuestros pendones anárquicos. Llegará un momento, y llegará pronto en que todas esas aspiraciones que hoy flotan como tendencias vagas y muchas veces inconscientes, se fundirán en una sola voluntad é impondrán la ley á la preocupación, á la ambición personal, á la mentira política... La campana de los comicios próximos convocará á los restos de los partidos tradicionales, pero convocará también al gran partido de la paz, de la union, de las instituciones, que no tendrá otra divisa ni otra bandera que la salvación de la nacionalidad y el engrandecimiento de la República.

Jóvenes ciudadanos, preparad esa semilla y esperad el momento propicio para arrojarla á manos llenas en el surco. A vosotros está confiada la santa misión de regenerar la patria. No más partidos absurdos, en que hasta la denominación es nimia. Haya partidos, por que tiene que haberlos, pero respondan, no á rivalidades hereditarias, sino á necesidades sociales, más todavía que políticas. No seamos Bolivia ni Polonia, ni república italiana de la Edad Media. Salvemos la independencia que nos legaron nuestros mayores y la civilización que nos entregan nuestros contemporáneos. Arranquemos la venda y la divisa, y marchemos de cara al sol, que no nos ha de deslumbrar. A la fila y del brazo, jóvenes ciudadanos, que en breve ha de ponerse en marcha la columna cívica.

III

Sigamos conversando, jóvenes amigos. Hay tiempo para partir tranquilamente y tema para muchos días. Ni los acontecimientos hacen presentir la proximidad urgente de una crisis de partidos que obligara al escritor político á concentrar y buscar la esencia en su propaganda, ni conviene precipitar ésta. Dejémos al tiempo, al gran maestro, que desempeñe su papel, y límitémonos á limpiar y preparar nuestras armas para que no nos tome de sorpresa cualquier sacudimiento espasmódico é inesperado, hijo, no natural sino lagítimo de nuestra idiosincrasia nerviosa. La crisis puede presentarse dentro de un mes como dentro de un año, tres ó cinco. Sigamos conversando.

Los hombres que marchan á la cabeza de los partidos tradi-

cionales, los que en el fondo de sus conciencias son los mayores enemigos de esos propios partidos porque no creen ni pueden creer en una razón fundamental de su existencia, los que sostienen el *statu quo* para conservar posiciones de gobierno y adquirir otras nuevas, pero no para definir y desarrollar ideas dentro de sus respectivas agrupaciones, los que os hacen comulgar con una hostia *non sancta* en nombre de la pretendida ignorancia popular,—cuando se ven en frente de la idea nueva, de la idea salvadora, de la idea que apesar de ellos y con ellos mismos ha de abrasar al fin en su llama regeneradora toda la República,—se encojen de hombros, sonrien mefistofélicamente, y apelan á la mas sarcástica de sus inflexiones de hombres de Estado para decir, á guisa de gato que juega con un ratón: «¡El partido de la fraternidad! ¡Si no puede haber ideal mas generoso!, si es cosmopolitismo puro, idealismo universal! Si está pasando actualmente una temporada de campo de seis ó siete siglos en el Paraíso y vendrá á vivir seguramente entre nosotros allá por el siglo XXX! Y, satisfechos de esa frase ó de otra semejante, dirigiendo una mirada compasiva á su interlocutor, si éste ha tenido el mal gusto de sostener la tesis que acaban de poner en berlina, concluyen por abrir las mandíbulas en carcajada homérica y vuelven á encerrarse en su caparazón partidista.

Bien reido, señores hombres de Estado, pero dice el refran español que «al freir será el reir», y el francés, que *rira bien qui rira le dernier*. ¿Que cara pondríais si dentro de un año, ó de dos, ó de tres, los hombres del constitucionalismo, de la union cívica, de la fraternidad, de la idea nueva que se acerca y que se incubará definitivamente en las masas porque es necesario una vez por todas que tengamos patria,—después de haber librado la última batalla y haber dejado tendido sobre el campo como girones dispersos los trapos de pelea, y flameando, única y soberana, la bandera nacional,—os dijieran, en tranquilo pero sabroso retruco: «¡Los partidos tradicionales! Si no puede haber nada mas infantil ni mas angelical como organismo político, Si son los partidos del *porque sí* y del *porque no*, como los niños argumentan y Cristo nos enseña! Si representan la edad cándida, la edad párvula, la edad inconsciente de nuéstra vida pública! Si, cansados de mantenernos en pañales y *mantillas*, se han ido á vivir al Limbo, su estancia magnífica, de donde nunca debieron salir!» ¡Infeliz juventud si no aprendes en breve á pronunciar esa frase con los lábios y con la conciencia, y desdichado país si no renueva esa carne la que se cae á pedazos, hibrida é infecta de sus tejidos musculares!

Indudablemente, si nos ponemos á observar la actualidad política de los países europeos ó la de los Estados Unidos

de América, no encontramos en ellas partidos de fraternidad ó de anarquía, de buenos ó de malos; cuando mas, habrá alianza accidentales, uniones transitorias para conseguir un fin determinado. Pero pretensión, y grande, sería la nuestra, si quisiéramos comparar nuestro pequeño barracón de circo con aquellos vastos y magníficos teatros en que el progreso y la civilización parecen haber pronunciado en muchos puntos su última palabra. Esos grandes pueblos han terminado su evolución interna, y nosotros estamos aún en la falda del cerro. Ellos tienen tantos elementos de vida que necesitan desparar-malos á los cuatro vientos, mientras nosotros poseemos tierras vírgenes sin brazos, poderosas fuerzas naturales sin motores ni fábricas, millares y millares de niños sin escuelas, campañas riquísimas sin medios de comunicación. Allí están las instituciones arraigadas, garantido el derecho, asegurada la vida y la tranquilidad; aquí no hay nada estable, el Código fundamental se viola hasta por lujo y por capricho, la paz está á merced de cualquier caudillejo, la vida y la libertad á disposición de cualquier sátrapa de escalera abajo. Allí se lucha por ideas, aquí por pasiones; allí hay educación política, aquí *charruismo*. Allí todos, radicales y ultramontanos, individualistas y socialistas, combaten por sus ideales, pero ponen sobre ellos el bienestar y el progreso de la patria. Aquí solo nos preocupamos de anarquizarla, cosa que hacen muchos con la mejor buena fé; mientras hay otros, tambien muchos, que no tienen mas ideal que la oligarquía, la *liquidacion*, el saqueo, que miran al país como cosa propia y se indignan, prorrumpiendo en amenazas trágicas, cuando una reacción benéfica les cierra la puerta y les limpia el comedero. ¿Cabe el mas minino punto de comparación?

¡Y pensar, que en eso basan nuestros políticos tradiciona-listas la pretendida razón de ser de sus partidos y la necesidad de mantener á nuestro pueblo encadenado en ellos! Ya sabemos que los pueblos modernos no viven sin partidos, pero que responden siquiera á necesidades de la vida civilizada. Nuestros bandos tradicionales han sido representantes de la época guerrera del periodo de formación nacional, de las luchas grandes ó pequeñas de los caudillos y de sus ambiciones personales. Váyanse en buen hora con sus muertos y dénselos por satisfechos con el papel que en la historia han desempeñado. Ya estamos en otra época. No es todavía la de los partidos políticos propiamente dichos, porque las ideas definidas aún no han echado raíces profundas ni encuentran apóstoles entusiastas; pero es la de la lucha social, del bueno contra el malo, del civilizado contra el ignorante, del ciudadano que respeta la ley y hace respetar su derecho contra los restos del caudillaje, del militarismo, de la oligarquía, acostumbrados á llevarse todo por delante; del que quiere trabajar por los inte-

reses de la pátria contra el que cree que la patria tiene obligatoriamente que mantenerlo, vestirlo y darle; no ya para el bolsillo, sino para el derroche y la orgía del que mira la población escasa, la civilización retardada, la competencia imposible, la deuda enorme, el desequilibrio imperante en todas las esferas, y quiere dominar la tempestad, salvando el pequeño barco y dirigiéndolo al puerto,—y del que enceguecido por la ambición, embriagado por la sed de mando, de riquezas, de vida cómoda lujosa y gratuita, se empeña en hundirlo y en estrellarlo contra las rompientes.

No, no es una utopía generosa el partido de la fraternidad. En los grandes como en los pequeños pueblos, en la Grecia de Leonidas y de Temístocles, como en la Roma de los patricios y plebeyos, en la España monárquica del Dos de Mayo, como en la Francia republicana de Thiers y de Gambetta, cuando sonó la hora del peligro, todos los ciudadanos olvidaron sus disensiones para salvar la patria y hacer frente al enemigo común. Solo mueren los pueblos anárquicos como Polonia, que ponen el *liberum veto* sobre la santa necesidad de la unión. ¿Se dirá que no hay Xerxes, ni Aníbal, ni Napoleón, ni Bismarck que golpee á nuestras puertas, ni doble ó triple alianza que pretenda partir nuestros despojos? Ah! tenemos dentro de nuestros muros un *palladium* mas funesto que el de Troya, un enemigo interno más fatal que el invasor extranjero. La exigüedad de nuestro pueblo, las guerras civiles, el militarismo, la oligarquía, la empleomanía, han puesto en pie de guerra permanente una facción temible por el número y por lo desalmado de sus tendencias, facción que tiene por *pandecta* política y económica la adoración personal, el derroche, el Estado y el tesoro público hechos para su predominio y uso exclusivo, manipulados á su imagen y semejanza; que conspira y conspirará eternamente hasta lograr la restauración de su *sistema*; que promueve y promoverá motines y guerras de recursos, aunque no sea más que para entorpecer la construcción de las grandes obras públicas nacionales, en la que solo ve fuentes de negocios ilícitos, fortunas inmensas, improvisadas en un dia, que le sonrían desde lejos con colores fantásticos; facción que no tiene otro ideal que la oligarquía y el saqueo de las arcas públicas, ni otro medio que el salteamiento á mano armada, ni otro fin, en resumidas cuentas, que la ruina de la República y la pérdida de la nacionalidad.

¿Y aún hay en frente de ese bando estrechamente unido, de ese peligro permanente, de ese cáncer que llevamos en nuestras entrañas de pueblo un ciudadano bien intencionado, amante de su país, que hable de la *necesidad* de sostener los partidos tradicionales? ¿Aún hay quien pierda el tiempo de buena fé en homenajes á Rivera y Oribe y quien les cante ditirambos en las columnas de los edito-

riales de los diarios, con el único fin de reavivar la pasión partidista? ¿No se piensa en que ya tenemos años bastantes de vida moderna para ser un país civilizado? ¿No se aspira á otra cosa que á vivir del pasado ensangrentado y miserable? ¿Nada dice la patria aniquilada, en crisis permanente, desequilibrada en su presupuesto, amenazada en sus instituciones y hasta en su vida misma, expuesta á volver á caer á cada instante en manos de los oligarcas, de los derrochadores? ¿No hay criterio, no hay altura de espíritu, no hay patriotismo elevado, se ha perdido ya hasta el último átomo del amor nacional?.

Sacudamos una vez por todas la ceguedad, y el empecinamiento. El enemigo común nos dá el ejemplo. El está unido, él está compacto, él distribuye equitativamente y campechanamente las tajadas entre sus capitanes y soldados, sin mirar qué color tienen, cuando osicia de gran *cordon bleu* en la cocina oficial,— como les distribuye picos y azadones para los trabajos de zapa y les señala los puestos cuando suena para él la hora de oposición y de las conspiraciones restauradoras. Imitemos su ejemplo. La unión cívica se impone y se impondrá miéntras haya instituciones amenazadas y patria en peligro. Si los malos ciudadanos se unen para undirla ¿por qué no se han de unir los buenos para salvarla? ¿Qué barrera infranqueable los separa? ¿Qué diferencia capital de principios, qué uo de sangre los condena á vivir en campos distantes y á mirarse eternamente de rojo? Abandonemos los viejos reductos, releguemos á su época el personalismo apasionado, y entremos de lleno en la liga social, en la unión cívica transitoria. Cuando el cielo de la patria se haya despejado, cuando hayamos regenerado esos mismos elementos que hoy se empeñan en cubrirlo de nubes, entonces podremos decirnos adios y embanderarnos en partidos que representen un progreso más, que sean verdaderos partidos de ideas. Pero miéntras tanto no hay otra fórmula de patriotismo presente y de redención futura que ese partido caballeresco de la fraternidad, que tantas zumbas despierta en algunos de nuestros políticos. Tome la juventud su bandera, que tiene las mismas listas de colores puros, el mismo sol de la bandera nacional y guienos á la batalla definitiva. Venzamos con ella el mal, cautericemos la gangrena, salvemos la nacionalidad. Y no la abandonemos ni la cambiemos por otra, sinó cuando el respeto á las instituciones se haya arraigado profundamente en gobernantes y gobernados, cuando la administración honesta de los dineros públicos haya vuelto á convertirse en tradición cívica, cuando el país, regenerado y enaltecido moralmente, entre de lleno, con pié firme, en el camino de los grandes progresos.

Bussy.

De Byzantinus

TERCERA PARTE

Tradicionalismo y Principismo
sin Divisas

Uno de los orientales más populares en la Argentina por su noble altruismo, pues presta ha más de treinta años sus servicios con igual desinterés á todos sus compratriotas, lo mismo á Agustín de Vedia que á Julio Herrera y Obes,—es casi innecesario nombrarle, el señor Juan A. Gofifarini,—nos ha distinguido con la hermosa carta que en seguida publicamos.

Ella empieza por hacer *blanco* á Byzantinus de sus exagerados elogios, sigue con una explosión de sentimientos patrióticos, y termina con el deseo de hacer *blanco*... de opinión al mismo Byzantinus. Escusa lo primero una amistad aquilatada por los años, y lo último la intención que la inspira.

El doctor Gofifarini á pesar de ser un tradicionalista exaltado y siempre militante,—acaba de ser Presidente de un Comité Revolucionario,—como tiene un noble corazón que corrige con sus impulsos patrióticos los arranques del viejo partidismo, nos dice con unción que: «si hemos de ser pesimistas é impenitentes pecadores, corremos el riesgo del loco de Jerusalén de que nos habla Renan.

Tiempo es ya que miremos «ese horizonte inmenso» y encaminemos á la juventud por sendas rectas y amplias; abramos, si, el libro de la patria para que retemplan su espíritu los que sientan flaquezas de ánimo y deseen aprender aprovechando las enseñanzas crueles del pasado; pero, que permanezca cerrado para los que van á buscar motes, lindieros y vergüenzas para saciar odios torpes y pequeños que nada constituyen y todo lo derriban.

El espera que á la par de Rodó, uno de los más encum-

brados representantes de la nueva generación, surja la legión sagrada que defienda ideales puros, permanentes», —que sea, sin duda, luz y fuerza, luz que ilumine la ruta del porvenir, fuerza que venza la resistencia del pasado.

Bravo! doctor Gofarini, esa elevación de sentimientos, esa ecuanimidad de criterio, que usted ha creído vislumbrar en los escritos de Byzantinus, y que brillan en sus bellas palabras, es el espíritu fraternal, altruista, que forma la esencia del constitucionalismo.

Si, doctor Gofarini, usted hace con esas nobles frases, principismo sin divisa ó constitucionalismo,—todo menos partidismo tradicional con golilla blanca ó roja.

Ese libro de la patria historia, de esa «historia enlutada» de que nos hablara un dia el doctor Diógenes de Urquiza, lo hemos abierto para sacar de ella la lección de tolerancia, de fraternidad, de concordia cívica, suprema necesidad nacional después de tres cuartos de siglo de luchas fratricidas.

Imitando á Diderot que decía á las religiones esclusivas, «engrandeced vuestro Dios», nosotros hemos dicho á los tradicionalistas políticos, adoradores de colores exclusivos: engrandeced el pendón de lucha y juntando el rojo de la libertad al blanco de la pureza y al azul de la fraternidad, tendréis la bandera de unión y civismo que otrora tremolaran Artigas y los Treinta y Tres.

Cómo, pues, pretende que volvamos á ceñir una divisa tradicional — que cuál cívica oblación depositamos un dia y para siempre en el altar de la patria? — Exhibiéndonos su partido, el partido blanco-nacional, que tiene glorias cual «Paysandú» y «Tres Arboles», como un partido puramente de principios, eminentemente progresista y libre de toda tradición histórica luctuosa que pueda sublevar justificadas resistencias.

Nadie ha alzado más alto que nosotros la gloria inmortal de Paysandú, ni tenido más veneración por su héroe y mártir, Leandro Gomez; nadie ha aplaudido con más sinceridad el programa principista de 1872; nadie ha hecho más justicia á ciertos timbres históricos del partido blanco,— como la proverbial honradez de la administración Berro. Nadie ha negado el heroísmo de Tres Arboles, ni el de la revolución que surgiera á la voz elocuentísima de su popular tribuno, Acevedo Diaz, y bajo el mando del estóico Lamas, del prestigioso Saravia.

Como nadie puede negar tampoco, sin ciego partidismo, glorias al partido colorado, cual la Defensa inmortal de Montevideo, que tuvo en sus filas á Garibaldi, su participación en Caseros y la propaganda principista de sus tribunos como Juan Carlos Gomez y otros contra el caudillaje y el militarismo politiquerós.

Pero esos timbres, esas glorias, ay! no son el resumen de tres cuartos de siglo de guerras civiles bárbaras y sanguinarias. Ha habido luz de gloria, pero también sombras de crimen. Sus resultados, suprimiendo por decoro reiteradas intervenciones extranjeras armadas, puede condensarse así: En lo financiero, ciento y tantos millones de deuda pública, sin contar la deuda con el Brasil y lo pago por intereses y amortización! En cuanto al territorio, retaceada una tercera parte de él, en virtud del tratado de 1851! En lo político, en vez de partidos institucionales, gobernamentales, sucediéndose según las decisiones del sufragio libremente consultado, dos bandos armados, uno con la capital, la Aduada y el Ejército de linea, y otro con media docena de departamentos y compañías urbanas! Así, la supresión de algunos urbanos, es aún alta cuestión de estado, que pone en peligro la paz pública!

Estamos todavía, querido amigo, en los tiempos de los Atridas. Muerto Ajax, Menelao niega sepultura á su cadáver y responde á las súplicas del coro: «el derecho no es para los enemigos». Es la respuesta del partidismo tradicional en toda contienda cívico electoral. Lo comprobó irrefutablemente el ilustre Carlos M. Ramírez en los artículos memorables titulados: «Cronología electoral blanca», «Cronología electoral colorada». Jamás, como en los países donde existen partidos políticos gubernamentales, el sufragio popular ha dado el triunfo al partido fuera del poder. Toda elección ha sido viciada por la violencia ó el fraude.

Hay una sola excepción histórica: Las elecciones generales verificadas después de la Guerra Grande que dieron mayoría á los blancos en la Asamblea. Y la obtuvieron, gracias al engaño político de que fué víctima el doctor don Manuel Herrera y Obes. Creyó éste, que en caso de morir Garzón, candidato impuesto por los sucesos, como parecía probable dado lo avanzado de su mortal enfermedad,—una aneurisma al corazón,—él sería el candidato inevitable de los blancos.

No lo fué, se eligió á Giró, y el motín de 18 de Julio de 1853 reabrió la era de la guerra civil, que ha sido desde entonces nuestro estado permanente, salvo períodos transitorios de paz armada.

Hay tan radical antagonismo entre blancos y colorados, que un ilustre escritor, con el que tuvimos ha poco una ardiente polémica, dice en uno de sus artículos publicados en *La Nación* de Buenos Aires:

«Hay en la República Oriental, según los ha ido transformando el tiempo y los sucesos, dos partidos tradicionales cuya persistencia sedimentaria ha hecho de ellas verdaderas razas antagónicas!»

Y agrega: que las ideas políticas entre nosotros han hecho bien poco camino y que todavía *estamos petrificados* en nuestro viejo santoral, quemando incienso y mirra al caudillaje semibárbaro del pasado, *canonizándolo ó anatematizándolo* según el *matiz* de las pasiones en lucha» — Grandes verdades y bien dichas.

Algo de eso piensa también un amable tourista porteño, —representante del sentimiento argentino,—que visita frecuentemente Montevideo, y no la mira por encima de su lapicera de viaje,—como diría Eugenio Garzón —ó por encima de la gran Avenida de Mayo, pues, suele decir de la coqueta ciudad; «la hallaría adorable si le suprimieran tres cosas: los blancos, los colorados... y los loteros». Apoyado, decimos nosotros, sustituyendo los loteros por los constitucionistas de *double*.

Los partidos políticos en desgracia suelen tener adeptos como aquel irlandés que arrodillado en Roma ante una vieja estatua de Júpiter exclamó: «O Júpiter!, si vuelves al poder acuérdate de que te he sido fiel en la adversidad. »

Los que no han subido aún al poder, pero que por sus talentos y virtudes, ó su audacia y sus vicios son sospechados de poder girar sobre el porvenir, los tienen entre los que descuentan éste en sus cálculos de previsión.

Pero la masa general no adora al sol en su ocaso, ni aún en su aurora, sino al que brilla en el horizonte visible con todos los rayos de su poder fecundante. Los politiqueros hábiles pertenecen á la familia del mirasol.

Pero los principistas sin divisa no adoramos los Dioses del pasado, ni los del presente.

Así como en los tiempos de la antigua Roma había altares consagrados al *Deo ignoto*,—á aquel mismo Dios que adoraba Sócrates y por lo cual, como impío, fué condenado por el Areópago, así nosotros adoramos ese Dios de tolerancia, de fraternidad, de concordia cívica, Dios desconocido en los altares de nuestro tradicionalismo político.

Pero se nos dice, sois pocos, no pesais en la solución de los problemas actuales y esterilizais por la abstención fuerzas útiles. Error, profundo error. Hemos pesado y pesamos en la opinión nacional, porque representamos la aspiración del porvenir que lucha con el pasado. Somos el partido avanzado, progresista, que aspira á que, como en la Argentina, desaparezca de una vez ese anacronismo político de blancos y colorados, como desapareció allá el de federales y unitarios ha más de treinta años, y que se constituyan verdaderos partidos de principios, en vez de bandos históricos.

La obra avanza lentamente, pero avanza siempre. Y de que el porvenir se acerca, son signos y nuncios elocuentes la Paz de Septiembre, el Acuerdo de los Partidos y la política

de coparticipación de todos en la cosa pública, que aún en formas imperfectas, como las actuales, acusan un evidente progreso del principismo sin divisa.

Las voces de desaliento, de retroceso, los casos de lamentable atavismo, que explican las leyes sociológicas así en la evolución política como en toda evolución natural, no impidieron jamás la selección ascendente de los partidos, el inevitable progreso político.

A esas voces oponemos el gran clamor de la opinión conservadora del país, de todos los grandes intereses materiales y morales, que piden concordia cívica para realizar en paz institucional, la grande obra del Puerto de Montevideo, la vialidad de la campaña y todos los progresos económicos y políticos que tan alto han alzado á la Argentina después de haber depositado ésta en el museo de la historia esas divisiones celestes y rojas, que nosotros nos empeñamos en llevar en nuestra frente como símbolo de eterna guerra civil!

El consejo del patriotismo es el que durante largos años dió á su patria el ilustre ciudadano don Bernardo Berro, predicando la unión de todos los buenos ciudadanos; el consejo del patriotismo es el que daba á la suya un esclarecido argentino, don Félix Frias, recordado ha poco por el doctor Luis Melian Lafinur en una notable carta política. «Cuando un pueblo ha vivido medio siglo en el desorden (los uruguayos llevamos algo más), se puede confesar sin mucha modestia que todos han pecado. Es muy difícil liquidar la cuenta de los cargos mutuos de los partidos y hallo preferible quemar el libro que la contiene».

Sacar de la historia la lección de tolerancia, de equidad, de piedad misma que inspiran á los espíritus superiores los errores y las faltas de los pueblos, ó dejar á la posteridad *l'ardua sentenza*, es la imposición del patriotismo sereno y previsor. Y esa es la invariable convicción de

BYZANTINUS.

Montevideo, Abril 28 de 1900.

“La Enramada” y “El Chiripá”

Y

La Fraternidad Uruguaya

En uno de los últimos números de «El Deber Cívico», de Melo, que gentilmente nos envía siempre su redacción, se dá cuenta de una fiesta que según ese diario, uno de los mas ilustrados de campaña, «alcanzó verdaderas proporciones de acontecimiento social.»

En esa fiesta, genuinamente criolla, que tuvo lugar hace algunos días en la estancia de don Segundo Pérez, departamento de Cerro Largo, en la que se rememoraron costumbres ancestrales, bañándose la media-caña, el pericon, etc., con vestimenta á la antigua usanza gaucha, los presidentes de dos sociedades recreativas, al estilo de la «La Criolla» de que es presidente el querido y popular doctor E. Regules,—el de «La Enramada» y el de «El Chiripá»,—los nombres no pueden ser más gráficos,—pronunciaron discursos de un sabor tan fraternal, tan altruista, tan sin divisa tradicional,—que han encantado á Byzantinus.

Podrá éste creer que, más que en sociedades de corte criollo que rescatan la indumentaria, el estilo y el habla de los viejos gauchos orientales,—que se han ido transformando lentamente en el movimiento de evolución progresiva de la sociedad uruguaya,—corresponde esa evocación, esa resurrección, á la literatura nacional en forma de romances ó leyendas como el «Celiar» de Magariños Cervantes, «el Ismaél» de Acevedo Díaz, entre nosotros, y el «Martín Fierro» de José Hernández, etc., etc., en la Argentina.

Pero, cuando esas sociedades son un honesto recreo, aunque bajo formas arcáicas, que recuerdan la edad heroica de la patria y tienen por objeto aproximar y vincular por el trato social á hermanos distanciados, enemistados por tantos recuerdos luctuosos; cuando van á reemplazar la repulsión del odio por la atracción del amor, el propósito no puede ser sino vivamente aplaudido.

La fraternidad uruguaya, la concordia cívica predicadas con vincha, bota fuerte, calzoncillo cribado, espuelas nazarenas, entre una media caña quebrallona y un pericón con relaciones, es, al mismo tiempo que de un exotismo seductor, una lección de altruismo dada por la bondad paisana, criolla, al empecinado apasionamiento, ó al cálculo interesado de muchos *dotores* de la política que pretende conciliable

la evolución ascendente de ésta con la petrificación de los sentimientos en los antagonismos funestos del pasado.

Nos complacemos, pues, en transcribir de *El Deber Cívico* las elocuentes y patrióticas frases con que el presidente de «La Enramada,» señor Pedro Soto y el de «El Chirripá,» señor Saviniano Pérez, terminan sus interesantes y fraternales discursos:

El señor Soto dijo: — «Abracemos con vida y alma, queridos compañeros, ese hermoso sistema de la fraternidad, de la unión y de la concordia que simboliza nuestra bandera de criollos para todos los buenos ciudadanos sin distinción de colores políticos, ni de algún buen criollo de otras tierras, que sea persona digna de figurar entre vosotros y que simpatice con vuestros propósitos; que si se prestigia esa propaganda como hasta la fecha en nuestra patria, no sería dudoso que algún dia llegase á tremolar nuestra bandera en la cumbre de la montaña, enseñando á las generaciones venideras el término de las luchas fratricidas.

Entre tanto, luchad, compañeros, haciendo oido de mercader á las miserias protestas del *vulgo parlante*, que en todas partes afecta ver una sombra política; no hay progreso sin suplicio, vuestros desvelos encontrarán un día el premio merecido, porque todos los hombres en la vida encuentran, como Jacob, un ángel en su camino. Está roto el hielo y acometida la empresa; os toca ahora desarrollar con firmeza todas las energías, y batallar porque el tipo criollo de nuestras leyendas nativas, viva con nosotros en el mundo de la idea; evoquemos el recuerdo del pasado y veréis que simpático cruza por nuestra mente, como la visión de un sueño de Milton, el criollo de chirripá y boleadoras, montado en un bagual, haciendo chillar las nazaneras por los ijares del bruto. — Esto es lo que está llamado á arrancar las notas más sentidas del alma del patriota.

¡Loado sea el recuerdo de nuestros gauchos! »

El señor Pérez, á su vez, terminó así:

«Levantemos el espíritu de paisanos uruguayos, démonos cuenta de que el gaucho es el elemento de primer orden que busca con artimaña el político que nada tiene que perder, ó arrastra á la lucha fratricida, á la guerra de hermanos el caudillaje ambicioso que seduce con las palabras de patria y libertad, para después de terminada la contienda sangrienta y asoladora, olvidarlo en su querencia, donde no encuentra el potro que iba á domar, ni las tamberas que daban leche para sus hijos y para el queso, ni las ovejas que esquilaba para pagar al pulpero; es entonces que sentado bajo el alero del rancho, ó á la sombra de la enramada de mataojo, chupando la punta de.... la bombilla, se dá cuenta el paisano de que la guerra es mala para todos y que si-

guiendo odios partidistas no buscamos más que la desgracia de la patria.

No más guerra entre orientales, no más odios ni rencores, no más pasiones de partidos; vivamos como hermanos estrechados por el brazo de confraternidad que nos haga uno para todos y todos para uno; formemos una sola familia con una sola ambición: la familia oriental fraternalmente unida buscando la felicidad de la patria de Artigas y Lavalleja, de Oribe y de Rivera.

El dia en que los orientales quemen en el altar de la patria y en holocausto á ella, sus odios y sus pasiones con los trapos de colores que los distancian y enemistan, ese dia, el angel tutelar de las naciones escribirá con letras de oro en el cielo azul y puro del terreno; los orientales son felices; — ese dia, los clarines que antes tocaban llamada á la guerra civil, que hacian oír sus vibrantes notas á la carga, dejarán de hacer sonar las dianas que saludando á la victoria de unos insulta á la derrota de sus hermanos, para tocar las dianas que saluden nuestra felicidad común, nuestra concordia y unidad!

Si, orientales, si paisanos uruguayos, olvidemos colores que nos dividen y disgregan para atender solo á esos que forman la bandera patria, esa bandera que con orgullo se deja ondular suavemente por las áuras de la tierra querida, esa que, como se ha dicho, «cansa la mano con el peso de la gloria y que por sol de victoria tiene al sol americano.»

Esas voces que vienen del llano, del fondo de los campos silvestres, de cerca de la Meca blanca del Cordobés, armonizan con otras que salen de las cumbres literarias de la Troya roja. Ha pocos meses era la voz de un vidente, de un inspirado, de José E. Rodó, quién decía á propósito del folleto «La Fraternidad Uruguaya», que esa propaganda «prepara la inevitable solución del porvenir»; — ha pocos días es la de un cultor apasionado de las letras, un refinado de las cosas del espíritu, de Carlos Reyles, quién en un principio de polémica literaria con el que es, muerto Carlos M. Ramírez, el primer polemista de la República, le decía:

«La juventud blanca ó colorada reniega de los odios tradicionales, como reniega de la mentira actual de los partidos, explotada únicamente por histriones políticos, taumaturgos y toda suerte de charlatanes, cortesanos y sofistas. Esa juventud quiere partidos que tengan alma, que encaren ideas, porque los discípulos de Spencer y Taine *necesitan* obrar convencidos y no pueden seguir el *tan-tan* lejano de las campanas tradicionales repicando en los templos desiertos.»

Ciegos son los que no vén en esos y otros nuncios y señales de estos últimos tiempos, signos visibles de que los

antiguos Dioses se ván y que en vez de Velleda, la sacerdota druida que presidia las cruentas oblaciones en el altar ensangrentado de Teutates, vía pronto á officiar en el altar de la Pátria, esa Diosa, la Concordia, nacida al pié de aquella Cruz en que, «con los brazos abiertos», símbolo del abrazo del infinito amor á la humanidad, murió el dulce y divino Galileo! — Si, los Dioses de nuestra edad de hierro se ván — Que la historia les sea leve! !

BYZANTINUS.

Mayo 1.^o de 1900.

Unión y Concordia

EL AÑO SANTO

(A Pepe Bustos, que ha continuado en brillantes artículos la propaganda de concordia cívica).

Observaba Enrique de Vedia en una bellísima carta publicada en la 3.^a edición de la «Fraternidad Uruguaya», que en la persistente tenacidad de las pasiones tradicionales «hay algo peculiar del suelo, duro, áspero, que se refleja en el carácter».

Análoga observación resalta de lo dicho por Francisco Bauzá en su «Historia de la dominación española en el Uruguay», respecto de los *charriúas*.—Traduciendo en romance el significado de la palabra, quiere decir «los iracundos», los que «hieren», «los destructores».—Pronunciada como debían pronunciarla ellos mismos, *yaruas*, quiere decir, «somos iracundos», «somos destructores»!

Tres cuartos de siglo de vida apasionada, convulsiva, con espasmos epilépticos de anarquía y estados catalépticos de tiranía ó despotismo, parecen constatar que hay algo en la raza de indomable, que desafía y burla toda propaganda contraria á sus geniales impulsos;—que como los primitivos habitantes del Uruguay estuvieráramos condenados por un destino fatal á ser conquistados por una raza más avanzada ó mas unida en un propósito gubernamental; que no fuéramos al fin sino la Polonia americana. Tal es el destino que profetiza á la antigua Cisplatina un ilustre escritor, en un libro cuya tendencia pesimista hemos combatido.

Pero no.—Nosotros tenemos fe, invencible fe, en la eterna ley de evolución ascendente ó sea en la ley del progreso.

—Nosotros sabemos que los odios no son principios, ni los rencores ideales:—que las pasiones van poco á poco perdiendo su antigua fuerza, y que la inviolabilidad de la vida del prisionero rendido es ya conquista realizada y de que dá testimonio la última guerra civil:—que aquellos mismos partidos de «historia enlutada» que se disputaron el poder exclusivo, absoluto, con el encono furioso de los Atridas griegos ó los Güelfos y Gibelinos italianos, empiezan ya á solucionar sus problemas de coparticipación gubernamental por medio de generosos y patrióticos acuerdos cívicos, en vez de exclamar con la ambición sin freno: *Aut Cesar aut nihil*.

La historia nos enseña también, que no hay barbarie irreductible á los avances de la civilización:—que así como la gota de agua horada el granito y forma en el antro oscuro grutas maravillosas en que brillan como colosales diamantes las estalactitas y stalagmitas, así la infiltración lenta de las ideas en el cerebro humano por medió de la educación transforma el pensamiento nebuloso, instintivo, del bárbaro, en la idea brillante, consciente, del hombre culto.

Los sentimientos sufren la misma metamorfosis, y lo que era respecto del semejante odio, antipatía, lucha feroz por la dominación, se convierte en sucesivos *aratars* en cambio de productos, de servicios, concurrencia económica, para brillar al fin en los caracteres más elevados, en la forma proclamada por la religión y la ciencia, de noble altruismo, de divina caridad.

Así el mundo ha visto que del seno del pueblo conquistador por excelencia, del que representa el egoísmo duro y feroz, del pueblo romano, surge el derecho civil en formas tan perfectas, que ha merecido á justo título el nombre de «la razón escrita». El derecho brota del egoísmo como maravillosa flor que surge entre piedras. — En sus primeros tiempos era duro, tan duro, que el acreedor tenía el derecho de apoderarse de la persona del deudor y cargarle de cadenas. La ley determinaba el peso de estas, la venta del deudor insolvente en remate público, y la adjudicación en favor de los acreedores, que si eran muchos podían *dividirlo* entre ellos! — ¡Era el *cuerpo* del deudor ó el producto de la venta lo que los acreedores podían dividir entre sí! Gran cuestión entre los sábios! Montesquieu pensaba que el texto legal *Tertiiis secure olim-per partes secanto*, se aplicaba al precio de la venta. — Pero Aulo Gelio no dudaba que se trataba de la persona misma! — Igual cosa afirma Dion Casio!

Es la aplicación de esta ley feroz, la que inspira el pacto que Shakespeare hace celebrar á Shylock con su infeliz deudor. — Y sin embargo, es de esa misma raza judía, donde el génio va á buscar el simbolo de la usura implacable, de lo que los romanos llamaban *distrecia funeratrix*, — que suena

á algo funerario que rasga la vida, que surge con Jesús la divina caridad que dá todo por el prójimo, hasta la propia existencia!

Y allí donde nació ese derecho de granítica dureza, surge después la generosa equidad, la *enmendatio juris*, —la enmienda ó corrección del derecho, y se llega á lo que Tácito llama en expresión enérgica el «derecho justo». —La equidad es la severidad de la justicia templada con el dulzor de la misericordia.

Es de esa raza enérgica, raza que ha introducido en el mundo político y social el derecho individual de los antiguos bárbaros, que renovaron el mundo antiguo despedazando el imperio romano, que surgen ahora los más sabios apóstoles de un socialismo elevado, que pugna entre errores y extravíos y visiones confusas, por conciliar los derechos del trabajo con los del capital, que no es sino trabajo acumulado

Es de esa raza caballeresca, soñadora, siempre dispuesta á las heróicas aventuras y á las empresas maravillosas, como la descubierta de un nuevo mundo, que surge *El Quijote*, esa obra maestra, en la que el buen sentido sube á las cumbres en alas del génio.

Es..., pero basta ya, — Todo eso quiere decir que si el terreno de la propaganda fraternal es árido, duro, seco, pedregoso, el esfuerzo debe ser mayor y el surco más hondo, obedeciendo al precepto del sabio — *labourez profond* — Que como el labrador debemos regar el suelo con el sudor de nuestro rostro, pues es un problema de difícil solución averiguar si ese riego no es aún más fecundo que el que viene del cielo!

Los espíritus elevados, los que reconocen la ley de solidaridad humana, de solidaridad de raza, de patria, de familia, deben pues, serenos, infatigables, continuar la patriótica tarea, repitiendo, para alentarse en ella, esta frase de auspiciosa esperanza: « es después del Salmo que se canta el Gloria! »

Es evidente también que á los tradicionalistas, empeñados en mirar siempre para atrás, como algunos condenados del Dante, que digan, « nosotros somos el número, la pasión ardiente, el instinto batallador, el recuerdo rencoroso, la tradición hispano-charrúa que no olvida ni perdona; somos el pasado que encadena el presente á sus errores, sus faltas y aun crímenes y condena al porvenir á perpetua divisa, roja ó blanca », podriáseles contestar: « El mundo marcha », como dice Pelletan, y en esa marcha lenta pero inexorable, van cayendo al abismo tradiciones, filosofías, religiones, con « Dioses que se van », instituciones políticas, banderas, divisas de partido, etc., etc. — Es, pues, insensato, pretender inmovilizar la política, momificar la vida cívica envolviéndola, como con vendas de compresión, en las divisas tradicionales !

Aproximar el porvenir, acercar la nueva era de fraternal concordia, que cierre de una vez para siempre el ciclo de nuestras guerras civiles, es obra de progreso y de moral política.

¿Por qué, en efecto, imitando á los argentinos que son de nuestra raza, de nuestra sangre, de tradición idéntica, no perfeccionamos el ensayo del acuerdo electoral, dándole la mayor amplitud y pugnando porque en un futuro próximo entre en él toda, toda la familia oriental? ¿Por qué en el primer año del siglo que vá á empezar, no derribamos con el martillo de oro del patriotismo, esa puerta del pasado que cierra el camino del porvenir, y llamamos á todos los orientales á comulgar en el gran templo de la concordia cívica? No No sería ese año un año *santo* en el calendario de la política uruguaya, y no merecerían acaso todos los que en él entraseen de buena fé, indulgencia plenaria de sus faltas políticas, como la que otorga el gran Pontífice León XIII, «urbi et orbi» á todos los pecadores de Roma y del Universo?
— Responda la conciencia nacional y especialmente el corazón de la juventud, esperanza de la Patria.

BYZANTINUS.

Montevideo, Diciembre 31 de 1900.

El Acuerdo Electoral

I

Ha dicho un ilustre escritor,—que suele tener observaciones sociológicas de profunda verdad,—que los blancos y los colorados han llegado á formar «verdaderas razas antagónicas».—Nosotros no creemos que eso sea exacto; pero no cabe duda tampoco, que como consecuencia de un estado de guerra casi secular, en que han existido por ambas partes proscripciones como las de los Güelfos y Gibelinos en Italia, han creado un antagonismo profundo, que asoma á cada momento, á pesar de la Paz de Setiembre y de la mayor cultura nacional.

Esa paz,—en cuya obra tiene buena parte el constitucionalismo, pues preparó la opinión en la prensa é influyó con sus hombres en negociaciones difíciles, y melindrosas,—es todavía y en la realidad de las cosas, «una paz armada» que todos los espíritus patriotas y desinteresados queremos desarmar y consolidar, dándole base de verdadera concordia cívica. Y todo lo que contribuye á esa unión, á esa concordia, que es la estabilidad, la paz en las instituciones, y con ella el progreso político y el desarrollo de la riqueza nacional, es acogido con favor y aplauso por la opinión pública.

Y como es en ese sentido, con ese rumbo que han marchado hasta ahora, nacionalistas y constitucionalistas y la fracción colorada gubernamental, el país espera prosigan esa misma política hasta consolidar una situación en la que se fundan tantas esperanzas de porvenir.

El país está harto de exclusivismos é intransigencias absolutas de trapos, no de principios, que prefieren el triunfo de los peores elementos políticos opuestos,—á la confraternidad, á la armonía, á la unión «accidental» de los buenos elementos afines de todos los partidos, para consolidar la política nacional, la política de co-participación en el gobierno.

Y es solo mediante esta política de conciliación, de tolerancia reciproca, que atenuándose antagonismos semi-seculares, acostumbrándose todos á los gobiernos nacionales, á no temer que el triunfo del uno sea el ostracismo del otro, que podemos llegar á la sucesión alternada en el poder de los partidos, como resultado del voto libre en elecciones populares, y sin necesidad entonces de acuerdo alguno.

II

La aceptación por el partido nacionalista de la revolución ó golpe de Estado de Febrero de 1897;

La aceptación de veinticuatro bancas en el Consejo de Estado con facultades de Poder Legislativo creado por el Presidente Provisorio para quitar á su Gobierno de transición el carácter de dictadura uni-personal;

La aceptación del Acuerdo Electoral con la misma representación en el Cuerpo Legislativo actual que la tenida en el Consejo de Estado;

La proclamación por los partidos del acuerdo, entre ellos el nacionalista, de la candidatura presidencial del señor Cuestas;

Y la elección de presidente del Senado recaída en la persona del señor Batle y Ordóñez, —á pesar de los trabajos en contrario de índole diversa que pusieron en problema el patriótico acuerdo de los partidos,—hicieron del partido nacionalista algo así como un aliado fiel, como uno de los puntales de acero de la situación surgida de la revolución de Febrero, aceptada por la inmensa mayoría del país, —sin por eso aprobar ciertas faltas, —como una liberación de la serie de gobiernos surgidos del año terrible de 1873.

Han contribuido á acentuar ese carácter y á acrecer la importancia de la actuación política del partido nacionalista, la «intangibilidad» de las seis jefaturas políticas que administra, —á pesar de reputarla un nacionalista de la valía de Agustín de Vedia, mera deferencia del Poder Público, después que éste ha sido elegido llenando las formas constitucionales, y de juzgar esa intangibilidad poco compatible con una buena administración nacional.

También ha contribuido á esa inteligencia amistosa la equitativa y generosa interpretación ó ampliación del Pacto de Septiembre, extendiendo sus beneficios á las viudas é hijos de los oficiales de línea nacionalistas muertos en los campos de batalla de la última revolución, al igual de los defensores del Gobierno. Y hasta «l'entente» cordial existente entre el Palacio de Gobierno y el santuario del Cordobés es un vínculo más de esa semi-alianza política.

Agregad á esto que uno y otro, como todo el país, tienen como adversario común ese elemento político que provocó con excesos de todo género, excesos en la administración y en la política, las reacciones de la opinión pública; que desesperado con su caída é inconsolable con ella tentó el motín del 4 de Julio felizmente sofocado y la temeraria invasión de la Colonia; que decayendo de esos arrojos descendió á las barbas postizas y al disfraz de boina de vasco, —y que

todavia amenaza desde Buenos Aires con el anuncio intermitente de nuevas revoluciones!

A ese elemento de fondo y núcleo colectivista, se ha agregado cierto elemento exaltado que no lo fué, ni lo es, pero que prefiere su triunfo á la coparticipación dada á los blancos y constitucionalistas en el gobierno, que reputan excesiva.

La fuerza de ese elemento no es bien conocida aún; pero no seria serio desconocer que tiene importancia, pues forman su núcleo esencial la mayoría de los generales colorados con el teniente general Tajes á la cabeza.

III

En esa situación, no bien consolidada esta nueva época; sintiéndose aun esos ruidos subterráneos que denuncian corrientes de fuerza en el sub-suelo político; cuando subsisten las mismas causas que justificaron el Acuerdo del 19 de Abril, debe romperse éste, é irse franca, abiertamente, á una lucha electoral que ponga en problema, en cuestión, la estabilidad en el gobierno del partido colorado?

Respetando las convicciones en sentido contrario y admirando la intrepidez, el entusiasmo cívico con que algunos quieren lanzarse á la lucha, nosotros creemos que el acuerdo electoral para las elecciones generales del año, que viene, y como prólogo para las de este año, es una imposición del patriotismo sereno y previsor.

Nosotros, ya lo hemos dicho y lo repetimos,—deseamos un acuerdo en que entren todos los partidos, é incluimos por tanto en él á los colorados disidentes; veríamos, pues, con gusto, en la futura Asamblea, un grupo en el que figuraren Miguel Herrera y Obes, Angel Floro Costa, Bachini, Eugenio Garzon, Juan José Castro, Julio Magariños Rocca y algunos otros de su valía intelectual. Y no decimos el general Tajes, porque creemos inconstitucional la elección de militares para la Asamblea Nacional.

Y no es allí solamente donde deseariamos ver algunos de los mejores elementos de esa fracción, sino también en otros puestos de la administración pública, porque si somos adversarios decididos de su supremacía política, no creemos que se les deba proscribir de la vida pública. La política justa y generosa en el poder, resulta siempre la mas hábil.

Pero mucho nos tememos que el acuerdo con esa fracción sea imposible, ora porque se niegue á ello en absoluto, ora porque no llegue á entenderse con sus correligionarios.

En esa situación, creemos que los nacionalistas y constitucionalistas deben entrar en el acuerdo con el partido colo-

rado cuya comisión directiva preside el señor Batlle y Ordoñez, con el partido colorado gubernista.

Porque es gubernista y eso dá positivas ventajas en toda lucha política?

La independencia de carácter de toda nuestra vida pública, siempre en la oposición á los malos gobiernos; nuestro desinterés de todo cargo público,—pués no quisimos aceptar una diputación en la actual Legislatura á pesar de la insistencia de los amigos,—y de ser esa la única ambición que hemos tenido, nos libera de toda sospecha al respecto.

Con el partido gubernamental, si, porque éste hizo la paz de Septiembre; porque en el acuerdo se pactó una co-participación tan amplia, tan libre del dedo presidencial, que todos y cada uno de los candidatos de los partidos blanco y constitucional, lo fueron genuinamente de sus propios co-religionarios; porque este gobierno, para honor del país y especialmente del partido colorado, hace administración tan proba que recuerda la de don Bernardo P. Berro;—porque en la represión del motín del 4 de Julio y de la invasión por la Colonia no ha abusado del poder para derramar una gota de sangre, y á los pocos meses hasta se liquidaban á los revolucionarios los haberes devengados los días que estuvieron en armas contra el gobierno! Porque acrecentando nuestro crédito vá á llenar, con la obra del puerto, una de las grandes ambiciones económicas de la República, y con la extensión del poder municipal y los buenos caminos á vivificar la campaña.

Dividido como está el partido colorado, precisamente porque la fracción gubernista ha preferido esta política elevada, nacional, á la política estrecha que pone al tope la banderita colorada más alta aún que el pabellón nacional,—sería justo, hábil, político, obligarla, forzarla, para no ser vencida en la lucha; para no comprometer la estabilidad del gobierno colorado,—que todo partido en el poder mira como cuestión capital, de vida ó muerte,—á cambiar de rumbo político, á subordinarse tal vez á la fracción disidente que representa el exclusivismo, la intolerancia política?

Vamos á poner otra vez en peligro todas las conquistas políticas y económicas,—gobierno de co-participación,—moralidad administrativa, puerto de Montevideo, vialidad en campaña, vida municipal,—jugándolo todo al azar de los dados electorales,—que hasta ahora y en tres cuartos de siglo han sido siempre «dados cargados» por los gurapies del banquero ó sea del Gobierno?

Qué terrible albur, cuando todavía están vivas, apenas aletargadas, esas viejas mañas con que se ha escamoteado al pueblo el voto libre!

Parecésenos que eso sería, — como dijo un estadista en un caso semejante, mas que un crimen, una falta tal vez irreparable.

La fracción política gubernamental no puede ir sola á la lucha electoral del año venidero, porque sería irremisiblemente vencida por sus adversarios políticos.

Y como nadie, salvo los Washington y los San Martín, abandona el poder sin lucha, ó se van á aliar con los colorados disidentes ó con los blancos y constitucionalistas: el dilema es inexorable.

Solo el elemento intransigente é iluso, mas iluso aún que intransigente, es capaz de creer que se triunfa fácilmente de un partido numeroso, que ocupa el poder hace ya mas de treinta y cinco años, y que se uniría como un solo hombre y á cualquier costa, — aún dando el gobierno á sus peores elementos, si es que éstos no lo arrebatan, — si viera en peligro su estabilidad gubernamental.

Solo los ciegos no ven en el estado real de los espíritus, en el predominio avasallador de las pasiones políticas unidas al interés de las posiciones oficiales, en el temor á los exclusivismos de adversarios tradicionales recuperando el poder después de tan largo ostracismo, los peligros mismos de una completa victoria en las urnas, quedando íntegro el poder militar en las manos de los vencidos.

Pero á los que conocen la triste historia de la República, se les aparece, aunque quieran rechazarla, la visión de Lavalleja y Garzón alzándose en armas con el ejército contra el veredicto de las urnas que diera á Rivera la primer presidencia constitucional de la República! Se les aparece la visión del ilustre presidente Giró derrocado por el ejército colorado, precisamente porque los blancos, merced á una combinación de que fué autor y víctima el doctor don Manuel Herrera y Obes, consiguieron mayoría en la Asamblea.

Se dirá acaso que con esas reminiscencias históricas justificamos de antemano un atentado posible ó probable á la soberanía popular en vez de condenarlo? Qué esos argumentos de intimidación lejos de abatir sublevan los caracteres viriles?

Nó, mil veces nó. Prever el mal posible ó probable no es justificarlo. Tomar de la historia, la maestra de la vida, su sabia enseñanza, no es debilitar los caracteres, sinó mostrar el abismo en que cayeron, á pesar de toda su alta virilidad, quienes fueron tal vez mas viriles en general que los hombres de nuestra época.

Aceptar el acuerdo otra vez, en una situación sustancialmente igual á la anterior, no es reconocer la inmutabilidad del partido colorado en el gobierno, como no lo ha sido ni la Paz de Septiembre, ni la aceptación de bancas en el Consejo

de Estado, ni el acuerdo anterior. El derecho político es imprescriptible, y esos actos, cuando los inspira la previsión y el espíritu de concordia, y no la debilidad, son actos de política patriótica y se cotizan á mas alto precio que los arrebatos generosos pero estériles.

Consolidar su situación actual,—co-gobernar con la fracción mejor inspirada del partido colorado, como lo hace ahora, y tratar de extender gradualmente su esfera de acción é influencia, es lo que deben hacer los políticos serios y juciosos, refrenando los impulsos de los exaltados, impacientes ó ambiciosos que dicen siempre con el romano: «aut César aut nihil»,—ó todo ó nada.

Esa es la política á la «argentina»,—de que hemos hablado alguna vez; es ella y no la batalla de Caseros, pues después de ella hubo las de Cepeda, Pabón, San Ignacio y no sabemos cuantas revoluciones en las provincias,—la que mató allí las antiguas banderías de federales y unitarios. Y el resultado es que hoy vemos á Irigoyen gobernador de Buenos Aires y á Roca, el oficial de Urquiza en Cepeda y Pabón, presidente «bis» de la República Argentina!

IV

A los graves inconvenientes de una democracia casi inorgánica, de un acrecimiento de necesidades de lujo y confort que no sufrieron nuestros padres, y de un decrecimiento paralelo de las energías ó fuerzas morales,—que nos es común con los argentinos,—agregamos nosotros los que nacen de antagonismos históricos allí desaparecidos, y que nos amenazan con perpetua guerra civil.

Los que rechazan los acuerdos electorales, los tachan de fórmula inmoral que suprime la más elocuente expresión de la soberanía nacional, y de que en la designación de los candidatos priman generalmente las vinculaciones con los gobernantes y caudillos,—imposibilitando la ascensión á la Asamblea de los ciudadanos independientes.

Nadie puede preferir, sin duda alguna, los acuerdos electorales á elecciones «realmente» libres de todo fraude ó influencia oficial, cuando se puede triunfar sin coaliciones ó alianzas en las que algo hay que ceder en favor del aliado.

Pero es que el país jamás ha visto ni la sombra de una elección en aquella forma. A ese respecto son edificantes los artículos memorables que escribió Carlos M. Ramírez; «Cronología Electoral Colorada,» «Cronología Electoral Blanca,» evidenciando históricamente que jamás hemos tenido, lo mismo bajo la dominación del uno que del otro partido, elecciones «realmente» libres.

Las de 1872 fueron precedidas de tales fraudes y escándalos, que la Comisión Directiva del Partido Nacionalista,—de la que formábamos parte entonces,—declaró solemnemente la abstención!

Y entre tanto, poco tiempo después, y haciendo un sacrificio patriótico, algunos de los distinguidos ciudadanos que decretaron la abstención, entre ellos A. de Vedia, y los doctores Juan José de Herrera, Carlos A. Lerena, etc., etc., entraban á la Asamblea!

Y téngase presente que el Presidente Provisorio D. Tomás Gomensoro, no fué gobernante elector. Pero las camarillas políticas exaltadas por la pasión partidista, y temerosas que sus adversarios pudiesen llegar á ser mayoría, hicieron fraudes en todas partes!

No sucedería el año que viene algo de eso, si no hay acuerdo electoral,—quiéralo ó no lo quiera el actual Gobierno? No vendremos á luchas electorales, como aquella lucha épica que pintaba sin quererlo un colectivista del Durazno, que decía al Directorio de la Capital: «Hemos triunfado heróicamente *uno contra cuatro*»?

Se impone, pues, por ese cúmulo de razones, el optar patrióticamente, por el acuerdo electoral, con todos sus inconvenientes, pues asegura á los partidos que en él toman parte, una representación eficiente, decorosa, en una asamblea libremente elegida.

Y cuando el acuerdo se hace por la libre voluntad de los partidos ó círculos políticos, respetando el derecho de los disidentes del acuerdo de votar con absoluta libertad por los candidatos anti-acuerdistas,—no vemos absolutamente la inmoralidad del acto.—A este respecto se puede invocar un brillante y sesudo artículo de C. M. Ramírez.

Aceptamos pues, los acuerdos electorales,—que tienen carta de naturaleza en la política de todo el mundo,—no como regla general de conducta, sino como medio excepcional de salvar la paz institucional, de los peligros de las pasiones partidarias en ebullición.

Por lo demás, á aquellos á quienes seduce la idea de que los actos electorales tengan humos de batalla,—que alejan de las urnas á todo el elemento ultra-pacífico del país,—podemos asegurarles que en los comicios de 1901, y contra los acuerdistas no faltarán decididos, apasionados, anti-acuerdistas con quienes luchar. Y es posible también que ciertos elementos extremos de los partidos,—los extremos se tocan,—hagan á su vez, por aversión al acuerdo, un acuerdo anti-acuerdista! Paradoja? Recordad que contra la patriótica Revolución Tricolor encabezada por Angel Muniz y Llanes combatieron Lorenzo Latorre con divisa colorada y Timoteo Aparicio con divisa blanca! Que contra la del Quebracho, encabezada por Enrique

Castro y Miguel Arredondo,—revoluciones que no eran sino «Acuerdos cívicos armados»,—combatieron Tajes con divisa colorada y Justino Muniz con divisa blanca!

Observad que tampoco es exacto que los acuerdos maten el estímulo, el nervio cívico para los trabajos de inscripción y depuración de los registros, y de que arrebaten á la campaña la designación de los candidatos departamentales.

En todo acuerdo, que no es sino una transacción de diversas fuerzas cívicas, se tiene muy en cuenta la potencia política de cada una de las partes contratantes, sus elementos electorales, el valor e importancia de sus hombres,—porque éstos mas se pesan que se cuentan,—y es la resultante de todas esas fuerzas, su posible proporcionalidad, la que determina las condiciones del acuerdo.

Y como cada partido designa sus candidatos propios que figurarán en el acuerdo, y las elecciones son departamentales, nada impide que teniendo en cuenta la relatividad de la autonomía departamental,—pues esa autonomía debe subordinarse á los intereses generales de la comunidad,—corresponda á los departamentos la designación de sus candidatos.

Los argentinos, donde las pasiones políticas son menos ardientes que entre nosotros, han celebrado varios acuerdos electorales. Fué la Unión Cívica la que los libró Juarez Celman —Fraccionada la Unión Cívica, han seguido su alianza política los partidos de Mitre, Roca y Pelegrini —Hoy mismo, los radicales y nacionalistas coaligados,—ó en acuerdo electoral, han luchado en la provincia de Buenos Aires contra los mitristas.

En España acaban de hacer una coalición ó alianza los republicanos unitarios, los posibilistas y los federales, para luchar contra los conservadores. En Francia, en Italia, á cada momento,—sobre todo en las elecciones de desempate, se hacen alianzas entre los partidos avanzados contra los conservadores ó vice-versa.—Hasta hay ministerios de coalición, como sucede con el actual ministerio francés, en el que figuran mezclados radicales, socialistas, etc.

La opinión que sostengamos, es, así lo creemos, la del constitucionalismo, cuyos órganos en la prensa, *El Siglo, La Razón*, la sostienen con su reconocida ilustración. — Es, en general, la de los diarios nacionales como *El Día, La Tribuna Popular, El Telégrafo Marítimo* etc., etc.

Esa opinión es, en masa, la del país no político, de ese elemento conservador que forma y acrecienta por el comercio y la industria, la fortuna pública; esa opinión es la de los nacionalistas reflexivos y patriotas y creemos sea también la de su elemento dirigente.

Al terminar cruza por nuestro espíritu un recuerdo que es sombra y luz y nos decimos:—ah! si viviera Diego Lamas —cuya alta figura se empequeñece cuando se quiere cubrir su amplia, luminosa frente, con una pequeña divisa de partido, no tendríamos ni una sombra de duda acerca del acuerdo por parte de los nacionalistas!

Cuando el ex-oficial del Quebracho hacía toda su heróica campaña «sin divisa», luciendo solo su képi de funda blanca, y votaba por la paz, y aceptaba el acuerdo electoral y condensaba en su persona tantas simpatías y admiraciones, que su muerte fué un duelo nacional, era porque todos habíamos puesto en él, en su noble carácter, en su alma de patriota que deponía la divisa al pie de la bandera nacional, la esperanza de que sería él, tal vez, el elegido por el destino para unir la dispersa, rota, familia oriental. Algo así como él

Tu Marcellus eris...! (esto es, —tu, Marcelo, eras el porvenir, el poder, la gloria...!), de Virgilio, á la muerte del hijo adoptivo y heredero de Augusto, ó sea del imperio romano, —salió, sinó de los lábios, de todos los corazones!

Cuando nosotros le vimos por primera y última vez en su ataúd de ébano, y sentimos nuestros ojos llenos de lágrimas, lloramos ese sueño de gloria desvanecido, que hubiera sido el apoteosis de un héroe y la felicidad de un pueblo.

Que esa sombra ilustre y fraternal sea propicia al acuerdo!
Es el voto de

BYZANTINUS.

Montevideo, Julio 8 de 1900.

El Acuerdo Electoral

SOFISTAS ANTIGUO Y MODERNOS

En vez de la discusión templada, serena, reflexiva, la polémica ardiente, apasionada, hiriente. — Lucha de ideas, no, — lucha de personalidades — No descenderemos al terreno de las fáciles represalias, pero evidenciaremos la iniquidad de ciertas imputaciones atrabiliarias con grandes aires de indignaciones patrióticas.

Se nos tacha de « sofistas y leguleyos, de calumniadores de nuestros angelicales partidos tradicionales, de corruptores de la juventud y de ambiciosos solapados. »

¿ Por qué? porque pugnamos por un acuerdo electoral análogo al celebrado en 1898 por los partidos en que está dividida la opinión.

Porque siguiendo al illustre Carlos M. Ramírez sacamos de la historia patria, de esa « historia enlutada, » sus saludables enseñanzas.

Porque en vez de intransigencias de divisa y de adoraciones fetichistas á los viejos y novísimos caudillos, hacemos propaganda de unión, de concordia cívica.

Porque ponemos más alto que los intereses de bandería los grandes intereses nacionales, aconsejando la política « á la argentina », la política transitoria de los acuerdos civicos.

Pero si nosotros somos «sofistas y leguleyos» porque hacemos esa propaganda, borrad de vuestro santoral, poned en el índole de los sofistas y leguleyos al ilustre ciudadano don Bernardo P. Berro, que fué el apóstol de la fusión durante largos años y el que decía: « hoy los bandos tradicionales aunque divididos y desechos, y componiendo apenas círculos y camarillas, sin alcanzar ninguna de las condiciones que dan aliento á los partidos populares, siguen teniendo un carácter esencialmente nocivo que los hace incompatibles con el bien de la República. » — Y concluía — « nunca he acertado á comprender de qué pueden servir esos partidos ahora, ni que es lo que podrán hacer para el bien público. »

Borrado, porque en su decreto de 14 de Julio de 1860, prohibía al diario colorado « El Pueblo, » hablar de colorados y blancos, fundando así su decreto:

« En la tentativa de resurrección de los viejos partidos, con su bandera de sangre y de exterminio, no se ve sinó la excitación á la guerra civil y á la anarquía. »

Un hombre que saliera á la calle levantando la bandera

blanca, ó la bandera colorada, evocando los viejos ódios y rencores, seria condenado como un perturbador del sociego público, puesto inmediatamente en prisión y sometido á los jueces competentes»!... .

Poned en el indice al General Diego Lamas, porque era el ministro de la Guerra refrendatario de ese decreto!

Colocad también en el indice de los sofistas y leguleyos al ilustre doctor Acevedo, no solo porque era otro de los ministros que refrendaron ese Decreto, sino porque fué uno de los iniciadores de la «Unión Liberal», — uno de los gloriosos abuelos del Constitucionalismo; — porque ha más de cuarenta años, en carta dirigida á otro ilustre sofista y leguleyo, el inspirado autor de «Celiar», el Dr. Alejandro Magariños Cervantes, le decía: «Adelante, mi querido Alejandro, es OBRA SANTA trabajar por la extinción de los viejos partidos y la reorganización nacional»!

Colocad en el indice de los sofistas y leguleyos al ilustre decano de los codificadores uruguayos, Dr. Joaquín Requena, á los Joaquín Suárez, Lorenzo Batlle, á los Manuel Herrera y Obes, Magariños, Palomeque, etc., etc. A todos los que figuraron en el pasado en la «Unión Liberal», la «Sociedad Amigos del País», el «Partido Radical».

Haced cuadro especial como para heresiarcas famosos, —á más de Berro, Acevedo, Lamas,— para el general Eugenio Garzón, que al venir con Urquiza á pacificar la República en 1851, calificó de «bárbara y opresora guerra de ocho años» la terrible «Guerra Grande»! Para don Joaquín Suárez y su ministro el general don Lorenzo Batlle, que en el decreto del 19 de Noviembre de 1851 dispusieron:

«Artículo 1.º Se prohíbe desde esta fecha el uso de la divisa colorada y blanca, que evoca el signo de nuestras discordias pasadas»!

Para la Asamblea Legislativa que eligió á Giró, y la cual, firmada por todos sus miembros, lanzó una proclama que parece escrita por Carlos M. Ramírez, y en la que dice:

«Cesen esas odiosas distinciones de colores políticos: no se mencionen esos partidos que desde este momento deben dejar de existir.

La unión mas estrecha y los mas fraternales sentimientos, liguen á todos los orientales; «no haya mas distinciones que el mérito, el saber, la virtud y el patriotismo»!

Para el ilustre Giró, que en su Decreto de Septiembre 17 de 1853, refrendado por Acevedo, Berro y el general Flores, y «considerando que toda recriminación sobre opiniones y actos referentes á la guerra que terminó en Octubre de 1851 es una violación flagrante de los pactos que precedieron á la pacificación de la República, y que ella aceptó como base fundamental y precisa de su vida ulterior...., decretó.»

«1.º Queda de todo punto prohibido á la prensa periódica, el traer á juicio los actos y opiniones referidas.

2.º Toda transgresión á esa disposición «será calificada y penada como una concitación al desorden y á la anarquía!»

Con un poco dé buena voluntad hasta podríais incluir entre los heresiarcas al mismo general Oribe,—ser mas papistas que el Papa,—pues en su célebre «Pacto de Unión» con el general Flores, dieron á luz un manifiesto al pueblo en que decían:

«Mientras existan en el país partidos que los dividen, el fuego de la discordia se conservará oculto en su seno pronto á inflamarse con el menor soplo que lo agite.

«El órden público estará siempre amenazado: expuesta la República al terrible flagelo de la guerra civil, que ya no puede sufrir sin riesgo de su disolución, para caer bajo el yugo extranjero...»

«En ese concepto invitan á todos sus conciudadanos, á unirse en el supremo interés de la patria para FORMAR UN SOLO PARTIDO de la familia oriental!»

No pondremos las manos en el fuego asegurando que todo esto haya sido profundamente sincero; pero aun la explotación política de ciertos sentimientos prueba su valer, que responden á una inmensa necesidad, á una grande aspiración nacional.

Pero no es solo á los patriotas del pasado á los que se excomulga. Caen bajo el anatema todos los que durante cerca de treinta años, renunciando abnegadamente á las ventajas de figuración al frente de partidos numerosos, han sacrificado sus mejores años al culto de un ideal de fraternidad, de concordia cívica.

Es Carlos M. Ramirez, el primer talento de la República, el fundador del Partido Radical, el vindicador de Artigas, que recien llega al Parlamento despues de los cuarenta años. — Es José Pedro,—que no ha subido á la presidencia de la República, porque le sobran virtudes ciudadanas pero le falta en la frente un trapo rojo.

Son Pablo De-Maria, Gonzalo Ramirez, Martín C. Martínez, Sienra Carranza, Pena, Eduardo Acevedo, Brito del Pino, Melián Lafinur, Daniel Muñoz, Luis Lerena Lenguas, Justo Cortá, I. García Lagos, O. Grané, C. Saenz de Zumarrán, etc., entre los que ya no son jóvenes, y es toda esa pléyade brillante de juventud constitucionalista marcada con el estigma de *sofista y leguleya!*

La ofensa causaría indignación sino causara pena, por quién la profiere. Y todavía se agrava, acusando de falta de valor cívico á ciudadanos, que en los grandes «acuerdos cívicos armados», como la Tricolor y el Quebracho, dieron pruebas de su abnegación y de su valor.

Pues qué, -- no acudieron entonces, — aunque ese honor

no cupiera á *Byzantinus*, — y al lado de Julio Arrúe en Perseverano, Gonzalo Ramirez, Aureliano Rodriguez, Alfredo Castellanos y tantos otros, y al lado de Llanes y Muniz, Leóncio Correa y Carlos S. de Zumarán ?

No formaron glorioso pelotón, al lado de colorados y nacionalistas, en el Quebracho, José Pedro, Gonzalo, Cárolos y Octavio Ramirez, Luis Melián Lafinur, Luis Romeu Burgoz, Rufino T. Dominguez, Fructuoso G. del Busto, Julio Muñoz, C. Robido, Luis Machado, Emilio Lecot, etc., etc.? ¿La víctima más ilustre de ese heróico sacrificio cívico, no fué acaso Teófilo Gil, que dejó la Redacción de *La Razón*, diario constitucionalista, para ir á morir en aquella infame jornada?

Pues que, no hay glorias, ni sacrificios abnegados sino con divisa blanca? Qué ceguera y aberración!

Y para hacer más negro el cuadro del constitucionalismo se desciende al punto de atribuir nuestras opiniones y las de nuestros amigos en pró del acuerdo, — que son la consecuencia lógica de toda la propaganda de unión cívica, — al mezquino interés de algunas bancas en el Cuerpo Legislativo!

Esa imputación que no debió manchar la pluma de un escritor de alto vuelo, tiene una respuesta fulminante en la nota de 11 de Abril de 1898, que dirigimos con el Doctor De María, como Delegados del Constitucionalismo, á la Comisión Mediadora del Acuerdo Electoral. — Dice así:

Contestación de los Delegados Constitucionalistas

Montevideo, Abril 11 de 1898.

Señores miembros de la Comisión mediadora del acuerdo electoral.

Distinguidos señores:

De conformidad con lo que hemos tenido el honor de manifestar á ustedes verbalmente, en carácter de delegados del Partido Constitucional, y en uso de las facultades que la Comisión Directiva nos ha dado para celebrar *ad-referendum* el acuerdo de que se trata, nos complacemos en declarar, que, á fin de que no haya obstáculo alguno para la realización inmediata del mismo, no hacemos cuestión sobre el número de bancas reservadas para nuestra agrupación política, y así es que proponemos que ésta no figure en la lista de senadores y diputados que han de votar los parti-

dos reunidos, sino con cuatro ciudadanos designados por ella, ó *con menos todavía si es necesario.*

Al proceder así, no hacemos más que cumplir el mandato que hemos recibido de la Comisión Directiva del Partido Constitucional, puesto que ésta, al nombrarnos sus delegados, resolvió *unánimemente* recomendarnos que llegásemos hasta renunciar á *toda representación en la nueva Asamblea Legislativa*, si esto fuera preciso, para la realización del pensamiento altamente patriótico que se persigue.

Saludamos á ustedes con nuestro mayor aprecio.

Pablo De-Maria.

Domingo Aramburú.

Los que quieran leerla impresa, pueden verla en las páginas 222 y 223 del libro «Mis Derrotas», de ese otro hereñista, doctor Alberto Palomeque.

En cuanto á las condiciones del nuevo acuerdo, estamos seguros de que los constitucionalistas votarán por los candidatos de éste, aunque no tengan en él *ninguna, absolutamente ninguna representación.*

Cuando se trate la cuestión de la proporcionalidad de la representación y surja alguna diferencia, nuestros delegados, plenamente autorizados, —estamos de ello seguros,— dirán á los delegados de los otros partidos, como les dijimos el doctor De Maria y Byzantinus el año 1898: —«Ahi tienen ustedes las bancas que se había creído podrían correspondernos, —*dispongan en absoluto de ellas.*»

Y los partidarios ciegos que proscriben de la Representación Nacional al talento, la virtud y la alta ilustración, porque no llevan divisa blanca ó roja, deben borrar de sus manifiestos de parada, la cláusula aquella de que votarán aun por sus adversarios políticos cuando éstos sean dignos de esa distinción.

Háganlo aquellos á quienes estorba que entre ochenta y ocho bancas se adjudique una media docena á un partido no numeroso, pero en el que hay un grupo de verdaderas ilustraciones nacionales —Mas, en tal caso, vean como llenan el hueco que dejarán en el Parlamento «vultos», (como dicen los brasileros de sus altas personalidades), como Martín C. Martínez, Sienra Carranza y Brito del Pino! Si pensarán que esos huecos se cubren con cualquier gritón de partido cubierto con su gran divisa blanca ó roja!

Pero entonces sed lógicos, y si el culto de la divisa es el título mas saneado y perfecto á la representación política, sometid á rigorosa cuarentena ó purgación canónica, á los que durante veinte años figuraron en las Comisiones Directivas del constitucionalismo, y que ayer no mas se han endosado la

veste blanca ó la veste roja con la misma gravedad con que los augures romanos se endosaban sus vestiduras sacerdotales... sin perjuicio de sonreirse cuando se encontraban á solas con sus antiguos cófrades!

Temed, terribles puritanos, que os lleven el microbio del principismo sin divisa de que están tal vez infestados!

Mas no ; —el inspirado poeta que ayer no mas, en los diarios que envió á *Byzantinus* con gentiles palabras de aplauso por su articulo en honor de Artigas, profiriera frases del mas acentuado sabor constitucionalista, —que dijimos dignas de Cárlos M. Ramírez, —ha de recuperar su ecuanimidad de espíritu y ha de volver á repetir, que las glorias del país se ponen « por encima de todos los misérrimos y deleznables vínculos de facción y de bandería. » Que se debe echar « sobre las úlceras de los odios del pasado el bálsamo de las commiseraciones del porvenir, que debe ser olvido, justicia y grandeza de corazón. » — *El País* de 20 de Junio de 1900, número 16.

Y como lo bello, lo noble, lo patriótico, no es sacarse merelymente la divisa del sombrero y ocultarla dentro del pecho para ir á saludar á Artigas, sino el arrancarla de verdad del cerebro y para siempre y ofrecerla como patriótica oblación; — como no es el hacer la comedia del patriotismo, sino terminar el drama de nuestras luchas con la grandiosa escena de una verdadera y fraternal reconciliación de la familia oriental, esperamos dirá por la patria, — que las necesita mil veces mas que la sombra de Artigas que reposa en el cielo de su gloria, — las mismas inspiradas palabras que brotaron de su pluma al censurar á la juventud roja por su exclusivismo partidista.

BYZANTINUS.

Montevideo, Julio 10 de 1900.

CUARTA PARTE

Posteriores adhesiones

AL PARTIDO

De La Fraternidad Uruguaya

De el señor Rómulo Chopitea—De Mercedes—Carta de 29 de Julio de 1899.

De el señor José A. Gonzalez—De San José—Carta de 16 de Julio de 1899.

De el señor Rafael Osoro—Carta de 10 de Julio de 1899.

De el señor José Gugliucci—Carta de 14 de Julio de 1899.

De el señor Emilio Payssé—Tarjeta de 18 de Julio de 1899.

De el señor Hilario Percibal—Tarjeta dirigida al señor Manuel Coronel.

De el señor Arturo W. Matta—De San Eugenio—Carta de 28 de Julio de 1899.

De el señor Rosendo Vazquez — De Guadalupe — Carta de 18 de Julio de 1899.

De el señor Bernardino Chans — De Mercedes — Carta de Julio 15 de 1899.

Del señor Primitivo Cabrera (hijo) — De Santa Rosa — Departamento de Canelones — Tarjeta de 19 de Julio de 1899 al señor Emilio Goyeneche y Laviña.

Del señor Antonio Bonilla — De Pan de Azúcar — Tarjeta de 15 de Agosto de 1899.

De el señor Agustín Caravia — De Chamiso — Carta de 10 de Agosto de 1899.

De el señor Lucio Rodríguez — Carta de 21 de Julio de 1899.

De el señor Victor Silva Barrios — De Rocha — Carta de 18 de Julio de 1899.

De el señor Juan I. Viera — De Maldonado -- Carta de Julio 23 de 1899.

De el señor Ignacio M. Oribe — Del Rosario — Carta del 15 de Julio de 1899.

De el Dr. Antonio Gorostiza y Vidal — De Trinidad.

De el señor J. A. Chopitea — De Mercedes — Carta de 9 de Agosto de 1899.

De el señor A. Casabó (hijo) — Estancia «La Capilla » — Julio 19 de 1899.

De el señor L. Cumplido — De Mercedes — Carta de Agosto 10 de 1899.

Del señor Juan José Garrido — De Santa Lucia — Carta de Agosto 31 de 1899.

De el señor Servando Pagola — De San Carlos — Carta de Julio 28 de 1899.

De el señor Luis M. Perez — De San José — Carta de Julio 14 de 1899.

De el señor José F. Fontana — De Nueva Palmira — Carta de 18 de Julio de 1899.

De el señor Manuel T. Rombys — De Payzandú — Carta de 24 de Julio de 1899.

De el señor Alejandro B. Larriera—Carta de 14 de Julio de 1899.

De el señor Delfino Urquía—Carta de 18 de Julio de 1899.

De el señor Leoncio Olmos—De Melo—Tarjeta de Agosto de 1899.

De el señor Delfín M. Diaz—De el Pueblo «Vergara»—Carta de 6 de Agosto de 1899.

De los señores Sapirza—De Sarandi de los Perros—Departamento del Durazno.

De el señor Andrés de Grossi—De Florida - Carta de 18 de Julio de 1899.

Del señor Lázaro N. Bianchi—De Santa Rosa, Departamento de Canelones—Carta de 20 de Junio de 1900.

En muchas de estas cartas y en otras de que no hacemos mención especial,— hay expresiones vivas, elocuentes, de noble altruismo, de desinteresado patriotismo, que habríamos deseado dar á luz. Nos lo impide la extensión excesiva que tendríamos que dar á este modesto folleto.

Pero no resistimos al deseo de publicar íntegra la que adhiriéndose á nuestra propaganda dirigió al señor Ovidio Grané, desde Buenos Aires, el distinguido ciudadano señor Marcelino Escalada. Dice así :

Buenos Aires Agosto 6 de 1899.

Señor Doctor Ovidio Grané.

He leido con fruición el hermoso folleto que me has remitido, La Fraternidad Uruguaya ¡Bien por el patriota decidido que se ha puesto al frente de esa noble propaganda! He pensado en mi juventud, y hoy que ya soy viejo pienso lo mismo: Nosotros los descendientes de aquellos Titanes que nos legaron la Patria, y sus odios sociales, no estamos obligados á aceptar estos últimos sin beneficio de inventario. Ellos podian continuarlos hasta la tumba, porque habian actuado en la escena de los sucesos, y habian soportado las injusticias y las miserias, con cruentos sacrificios.

Pero los que hemos venido despues, continuándolos, ni hacemos obra de progreso, ni hacemos por la Patria otra ofrenda que despedazarla abriendole las entrañas.

Hasta cuando ¡por Dios! no más blancos ni colorados! Ningun principio divide hoy á la familia Uruguaya. Es cuestion de pequeñas y miserables personalidades que nada significan. Agrupaciones de hombres inteligentes, de uno y otro bando, que buscan los alhabos del Poder; y que tratan de mantener en las multitudes ignorantes, los odios especulativos que ellos mismos no sienten.

Pienso alguna vez que pronto me iré, y tengo pena de no haber hecho nada por esa Patria donde vi la luz. Pero mi pena se mitiga, pensando tambien, que mi brazo no ha servido para ayudarla á *crucificar*, gloria que no envidio á los personajes que la explotan, después que terminó la lucha nacional, la verdaderamente nacional.

Aparte del talento y la fortaleza que necesita poseer la persona que esté al frente de esa noble propaganda,—y el Dr. Aramburú demuestra ser el apostol aparente,—es necesario, sin duda, el óbolo de algunos patriotas y convencidos.

En ese concepto, dispón de mi, que tendré mucho placer en acompañarlos en medios pecuniarios, ya que no me es dado llevar mi grano de arena por otros medios á la obra comun.

Tu affmo. pariente.

MARCELINO ESCALADA

Callao 4160.

Entre el Club 18 de Julio y Byzantinus

Señor doctor don Domingo Aramburú:

Los socios del club constitucional «18 de Julio» que tengo el honor de representar, han electo á usted en la asamblea celebrada el 15 de Mayo, su presidente honorario.

Estoy seguro de que el propagandista incansable de las sanas ideas que profesamos, no negará el concurso de su luces y de su esperiencia á los jóvenes constitucionales, sus discípulos en el credo salvador, y que estimulará con su prestigio la obra de los que llenos de fe en el porvenir y poseidos del mas acendrado patriotismo, propio de nuestra juventud, se inician hoy en la vida pública, no para lucrar, sino para contribuir, en la medida de sus esfuerzos y sus aptitudes, al soñado triunfo en nuestro suelo de una República libre y civil.

Cumplo con la grata misión que me incumbe como presidente que soy del Club «18 de Julio», comunicando la susodicha resolución al virtuoso ciudadano.

Haciéndome intérprete de los sentimientos que animan á todos los ascriptos al nuevo Club, formulo votos ardentísimos por su felicidad personal.

Su atento y seguro servidor.

Lorenzo Falco,
Presidente.

Pedro Dauñin,
Secretario.

Montevideo, Mayo 21 de 1900.

Montevideo, Mayo, 23 de 1900.

Señor presidente del Club Constitucional «18 de Julio», don Lorenzo Falco.

Distinguido correligionario :

Acepto, penetrado de agradecimiento, el alto honor que me ha dispensado el Club 18 de Julio, eligiéndome su presidente honorario; y lo acepto, no como merecido título por mis modestos esfuerzos de propagandista de la fraternidad uruguaya, sino como generoso estímulo para que persevere

constante, tenaz, en la tarea emprendida. Y el Club que dignamente presidis puede estar seguro de mi inquebrantable, de mi inviolable fidelidad al ideal de concordia cívica, que aunado al culto severo de la Constitución, debe ser el vínculo de indisoluble unión de todos los principistas sin divisa.

La elección de ese nombre, «18 de Julio», absolutamente impersonal, recuerdo de la cifra más gloriosa de nuestra accidentada y tormentosa historia patria, — la Jura solemne de nuestra Magna Carta, — no puede ser más feliz, porque ella es la síntesis de todos los esfuerzos y sacrificios heróicos de nuestros padres en su lucha por la independencia y la libertad política — y el arca santa de todos los derechos del pueblo.

Pero ese ideal de un pueblo libre, viviendo en paz y concordia la vida de las instituciones, ha sido hasta ahora un sueño del patriotismo, pues á raíz mismo de la jura de la Constitución, surgió la discordia que nos ha ensangrentado durante tres cuartos de siglo y creado partidos en permanente estado de guerra civil, pues los períodos de paz no han sido sino una trégua.

Los que creemos que los partidos políticos no son escuelas históricas, sino asociaciones de hombres que profesan los mismos principios; — que el fallo del litigio tradicional es de la jurisdicción exclusiva de la historia, porque solo ella puede darlo sereno e imparcial; los que creemos que la propaganda política no debe ser un eterno anatema á los que llevaron divisa contraria, y un eterno hossana á los que llevaron la propia; que no se puede dar como cosa juzgada que el *rojo* sea el símbolo exclusivo de la libertad y el *blanco* el símbolo también exclusivo de la probidad administrativa; — los que creemos que las glorias legítimas y las virtudes eminentes que han brillado en la República con divisa blanca ó colorada son virtudes y glorias nacionales; que en el gran templo de la Concordia Cívica, — como en el que alzaron los romanos, — caben altares á todos nuestros dioses lares, á todo el viejo ó nuevo santoral, lo mismo al heróico conquistador de las Misiones, Rivera — que al vencedor del Cerro, el 2.^º de los Treintas y Tres, Oribe; á nuestro primer sábio, Larrañaga, que á la virtud evangélica de don Jacinto Vera, el primer obispo de la iglesia uruguaya; — á la ciencia jurídica de Eduardo Acevedo y á la pluma brillante, elocuentísima de Juan Carlos Gómez; á la probidad austera de don Joaquín Suárez y la de don Bernardo P. Berro; al heroísmo legendario de Leandro Gómez y al valor indomable de Francisco Tajes; á los talentos geniales de Carlos M. Ramírez y al valor estóico y altísimo carácter de Diego Lamas, y á tantos otros que sería justo nombrar; los que creemos que los errores y aún los delitos políticos deben juzgarse históricamente más que con severa justicia, con dulce

misericordia,—porque esta no es sino la justicia que se debe á la fragilidad humana; los que todo eso pensamos, y sentimos la necesidad suprema de la unión cívica de todos los buenos ciudadanos, para consolidar de una vez, después de tan dolorosa *via-crucis* el reinado de las instituciones, por medio de una política generosa, fraternal, debemos insistir y persistir en nuestra actitud.

Y yo me felicito, y aplaudo calurosamente, que un grupo nuevo de juventud, sin hacer cálculos de figuración mas ó menos rápida en nuestro escenario político, siguiendo los impulsos de un patriótico sentimiento, ocupe su puesto en la labor cívica.—La opinión tiene lauros para todos los actos generosos.

Reiterando mis sinceros agradecimientos, saludo á usted y demás correligionarios con mi mas distinguida consideración.

DOMINGO ARAMBURÚ.



